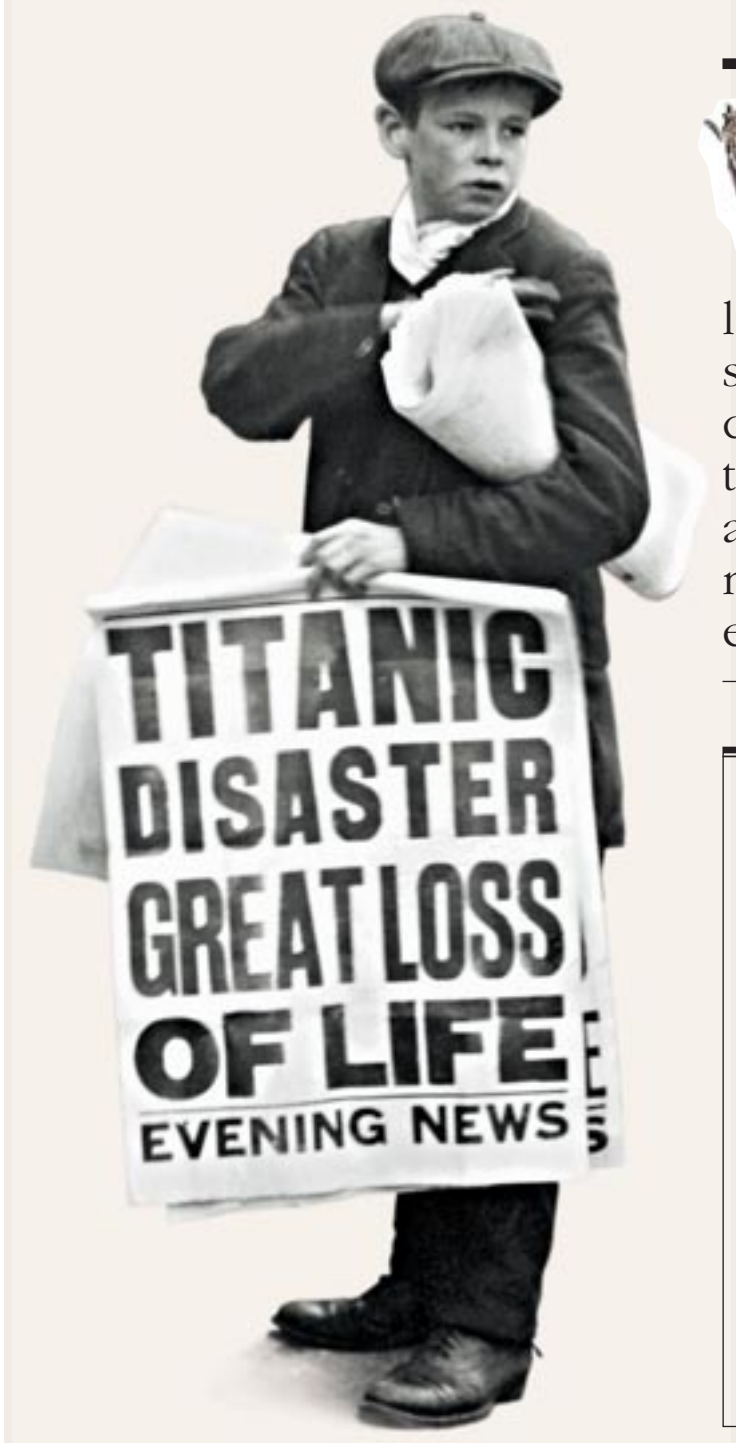
EL SIGLO DE LA INFORMACIÓN

LA CONQUISTA DE LA LIBERTAD



Aunque vigilada, recortada y manipulada con fines políticos y económicos, la Prensa ha protagonizado la lucha por la libertad durante el siglo XX. Hoy, extraordinariamente desarrollada gracias a las nuevas tecnologías, tiene que enfrentarse al viejo reto de la censura y al nuevo riesgo de la concentración empresarial

La tecnología y la batalla de la libertad
Justino Sinova

Al servicio del poder
Carlos Barrera

Un siglo de desafíos
Víctor de la Serna

¿Nuevo orden informativo o vieja censura?
Ronald Koven

Sin novedades en el frente
Manuel Leguineche

Y la opinión de Pedro J. Ramírez, Indro Montanelli, Felipe Sahagún y Teodoro González Ballesteros.

La tecnología y la batalla de la libertad

Difundir la más amplia información en el más corto espacio de tiempo ha sido la meta que ha guiado la historia de los medios de comunicación en este siglo, que concluye con el riesgo de la concentración empresarial

Satélite del Instituto Stanford buscando señales de la sonda Mars Polar Lander, en una imagen de enero de este año. En la página opuesta, **una joven de principios de siglo escucha el moderno invento de la radio (AGA, Prensa Gráfica Nacional).**

Justino Sinova
Periodista. Profesor de Teoría de la Comunicación Universidad San Pablo CEU

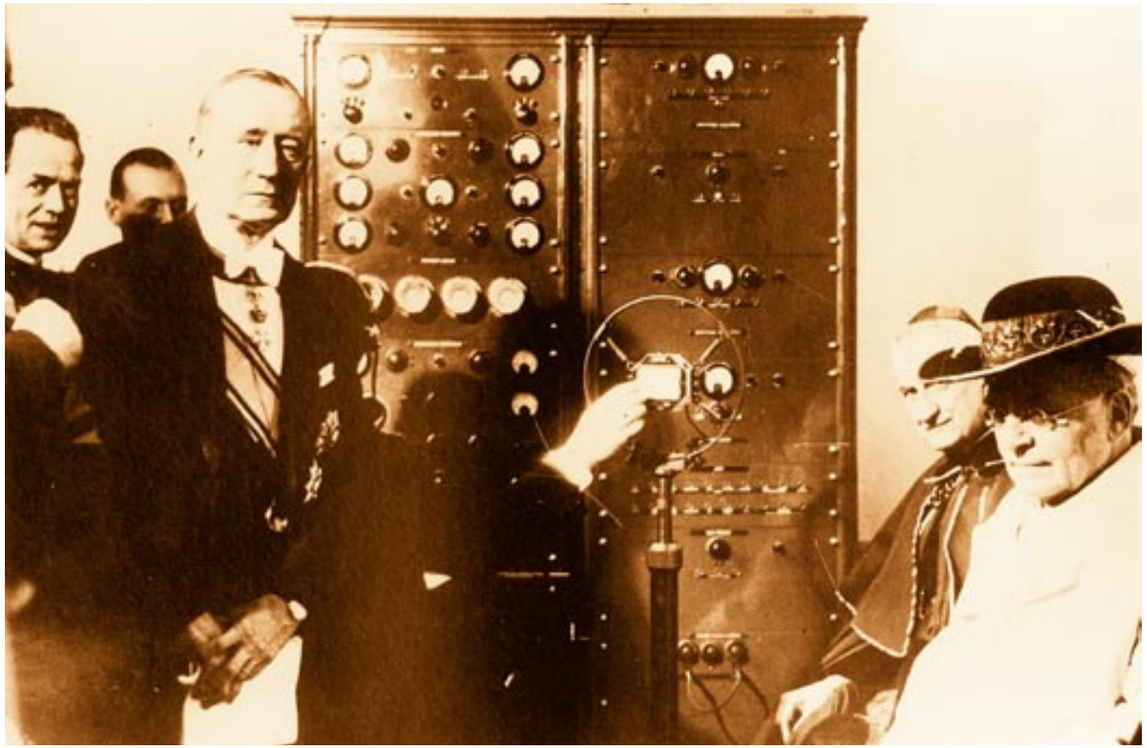
LA EVOLUCIÓN DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN social en el siglo XX es la crónica de dos aventuras: la lucha contra el tiempo y la liza contra el control político de la información. La primera, que obtiene resultados espectaculares, es un esfuerzo profesional para acortar el plazo temporal entre el hecho y su conocimiento. La segunda, que está inconclusa, es un desafío periodístico y jurídico para obtener autonomía profesional que permita ofrecer información veraz de todo lo importante que ocurre.

En esta doble pretensión –difundir la más amplia información en el más corto espacio de tiempo– está contenida toda la historia de los medios de comunicación en un siglo acelerado, convulso y apasionante. Una historia que a fin de siglo tiene que enfrentarse a otros problemas, como el que plantea el proceso de concentración empresarial en medio de ese ciclo histórico que se ha llamado globalización.

El progreso tecnológico ha producido en los medios de comunicación un cambio impresionante. Cuando empieza el siglo, la Prensa escrita es el único medio al alcance del ciudadano. El periódico diario ha cumplido entonces casi doscientos años pero su evolución, comparada con lo que va a llegar, ha sido muy lenta. El *Daily Courant*, primer diario de la historia, nace en Inglaterra en 1702, y el primero que aparece en España, el *Diario Noticioso* –que lleva en realidad este premioso título: *Diario Noticioso, curioso-erudito, comercial, público y económico*–, lo hace en 1758 de la mano de un inquieto emprendedor llamado Mariano Nipho. Es un siglo después, a partir de 1850, cuando empiezan a proliferar los periódicos por todo el mundo y en 1900 hay ya ejemplos notables de una Prensa innovadora, que incorpora la fotografía informativa, que empieza a desplazar a los periodistas a los lugares de la noticia, que se esfuerza en ofrecer piezas literarias y que inicia una evolución en el diseño.

Esta Prensa de comienzos de siglo muestra más preocupación por influir sobre el lector, con diversas intenciones, que por ofrecerle una visión adecuada de la realidad. Es el momento en el que se desarrolla lo que luego se llamará periodismo amarillo y es también la edad de oro del periodismo de partido. El amarillismo había nacido de la mano de un empresario megalómano, William Randolph Hearst, que llega a encarnar el tipo de periodista sin escrúpulos para quien la realidad es un inconveniente. Hearst revolucionó las técnicas informativas y gráficas, y en esta parcela ejerció una gran influencia en la renovación de la Prensa, pero puso sus periódicos a su servicio personal, que era lo único que le interesaba. El periodismo de partido –periódicos al servicio de una ideología, órganos de instituciones políticas– ha llenado una amplia etapa del siglo XX, pero ha acabado desapareciendo en beneficio del periodismo informativo. Hoy un periódico de partido en Europa y América es simplemente (y afortunadamente) una reliquia.

El periodismo informativo es la gran novedad de mediados de siglo, complementado o perfeccionado posteriormente con lo que se ha conocido como pe-



riodismo de explicación. El fermento del periodismo informativo es la aspiración humana por la libertad de expresión, que en 1948 se completa eficazmente con la proclamación del derecho a la información. Pero hay también una causa técnica que ayuda al progreso de la información: el desarrollo tecnológico, que alumbra el nacimiento de nuevos medios. Durante el siglo XX se produce una revolución tecnológica que permite la aparición y el desarrollo acelerado de nuevos medios de comunicación, que ponen en poder del ciudadano un conjunto de información que unos pocos años antes no había podido ni siquiera imaginar.

Marconi ante el papa Pío XI en la inauguración de Radio Vaticano, mientras un mano anónima hace las últimas pruebas al micrófono.

La llegada de la radio

En la primera mitad del siglo XX, el hecho que empieza a conmocionar el panorama de la comunicación es la aparición de la radio como medio informativo. Después de los descubrimientos y de los primeras pruebas de Guillermo Marconi con la transmisión sin hilos, se considera que la primera emisión de la historia fue realizada por el ingeniero electricista Reginald A. Fessenden en 1906 desde Brant Rock, Massachusetts, cuando logra transmitir un poema, una charla y unas melodías.

Treinta años después, la radio es ya un medio de comunicación, que puede ser utilizado para aleccionar a las masas. Lluís Companys proclama en 1934 la República catalana por la emisora *EAJ 1*, creada tres años antes por la Generalitat, y en 1937 se hacen populares las arengas bélicas del general Queipo de Llano a través de *Radio Sevilla*. Dolores Ibárruri, La Pasionaria, dirigente del Partido Comunista de España, inaugura en 1941 en Moscú la emisora *Radio España Independiente*, *la Pirenaica*, un instrumento político de oposición al régimen franquista. Pero en el continente americano y un poco más adelante en la Europa central, la radio va conquistando su espacio como medio informativo. En España, su consagración tendrá lugar a partir de octubre de 1977, en que se autoriza a todas las emisoras a emitir sus propios noticiarios de información general.

Caricatura del presidente de EE UU Rooseveltt, rodeado de periodistas en una de sus famosas intervenciones radiofónicas. Abajo, **Manuel Fraga ante un micrófono de RNE cuando era titular del Ministerio de Información.**

La irrupción de la televisión

La capacidad informativa de la radio, que se demuestra en su rapidez y en sus posibilidades para la simultaneidad, actúa como acicate de los periódicos. Los diarios han sido mejorados por la competencia de la radio, qué duda cabe. Pero la radio se verá también favorecida por la entrada en competencia del que en poco tiempo se convertirá en el medio más potente y más atractivo, que ofrecerá información pero sobre todo espectáculo, la televisión, que irrumpe con una fuerza inesperada a mediados de siglo. La primera exhibición pública de la televisión tuvo lugar en Londres en 1928, realizada por el físico escocés John Logie Baird, momento en que se inicia una carrera acelerada que –pasando, por ejemplo, por la instalación de la primera emisora en la torre Eiffel en 1935 y la utilización de las primeras unidades móviles en Gran Bretaña en 1937– llevará a introducirla prácticamente en todos los hogares en un tiempo récord, que desbarata todos los pronósticos. Televisión Española emite por primera vez el 28 de octubre de 1956 con carácter regular, pero en los años sesenta una de las imágenes más elocuentes que ofrece la España del desarrollo es el bosque de antenas de televisión que va naciendo en los tejados de las casas, incluso de las más humildes.

Si los periódicos tardan siglo y medio en consolidarse como instrumento informativo y la radio consume unos sesenta años en lograr su pleno establecimiento, la televisión no necesita más de tres décadas para proclamarse líder indiscutible de la comunicación. El panorama con que un ciudadano de finales del siglo XX se encuentra le ofrece un sinfín de posibilida-

El siglo de la imagen

Felipe Sahagún
Profesor de Relaciones Internacionales
Universidad Complutense

La gran mutación internacional del siglo XX, el salto de sociedades particulares a una sociedad mundial, fue posible gracias a la descolonizacion, la revolución tecnológica, las comunicaciones y la explosión demográfica.

Con la imprenta, nació el Estado-nación y llegaron la alfabetización de las masas, los periódicos y la opinión pública. Con el telégrafo, en el siglo XIX, se revolucionaron las comunicaciones civiles y militares, y la organización de ejércitos y gobiernos.

Con los medios audiovisuales, la palabra y la imagen adquieren en el siglo XX una fuerza igual o más decisiva que las armas más destructivas. Las democracias y las dictaduras de élites se convierten en democracias y dictaduras de masas. Y el poder, identificado durante siglos con la tierra y luego con la industria, ha pasado a depender de la información.

Casi todos los medios han necesitado de la guerra para alcanzar su plena madurez. La fotografía se estrenó en la guerra civil norteamericana. El telégrafo fue el «rey» en la Guerra de Cuba.

Nacida pocos años antes, la radio echó a andar en la Primera Guerra Mundial, comenzó a internacionalizarse a finales de los años 20 y, en manos de Roosevelt, Goebbels y Stalin, cambió la historia en la Segunda Guerra Mundial.

Con la ayuda del transistor, democratizó la política e igualó clases, liberalizó economías y despertó conciencias, multiplicó el poder de manipulación y, desde Berlín a Sudáfrica, ayudó a derribar muros que parecían indestructibles.

Mezclando educación y diversión, propaganda y miedo, desde la Primera Guerra Mundial los Gobiernos y sus Estados Mayores han utilizado el cine para fabricar ilusiones, generar lealtades, sembrar temores y, sobre todo, personalizar el liderazgo con rostro humano.

La televisión, por último, heredó lo mejor y lo peor de los medios que la antecedieron. Herbert Hoover, en abril del 27, fue el primer político que habló por televisión. Eisenhower estrenó las conferencias televisadas. Hasta John Kennedy no se empleó para transmitir información oficial. Corea es la primera guerra televisada y Vietnan, la última cubierta en libertad por el nuevo medio.

Con Internet y la revolución digital, llega la convergencia y nace un nuevo animal. Como los anteriores, se utilizará para hacer la paz y la guerra, crear y destruir, dirigir o ser arrastrados. Cada nuevo medio trae oportunidades y amenazas. De los humanos depende aprovechar las primeras y evitar las segundas.

des de información y de comunicación en el más amplio sentido, comunicación que además puede archivar y reproducir a su antojo mediante el magnetófono y el vídeo, ingenios que se desarrollan y se comercializan con rapidez inusitada.

Inauguración de la sede de la *CNN* en La Habana, el 18 de marzo de 1997. Abajo, **una familia albanesa pasa en carro por una calle de Lezhe, cuyas casas están saturadas de antenas parabólicas, en una fotografía de abril de 1997.**

La sorpresa de Internet

Pero el siglo va a reservar todavía una sorpresa, sobre todo después de escuchar a los profetas de la comunicación que han certificado en los años setenta que la sociedad de la información es un proceso basado en la evolución de los medios ya conocidos. La sorpresa es ese gran invento que hemos llamado las autopistas de la comunicación y cuyo mejor concreción es Internet. Hoy, con un ordenador conectado a una línea telefónica, una persona no sólo puede comunicarse con un interlocutor en tiempo real sino que puede obtener información de cualquier parte de la tierra. Puede leer *The Washington Post* o *El Mundo* o un semanario alemán o escuchar una emisora de radio o ver imágenes en movimiento. Puede, además, participar activamente en el proceso de la comunicación, que es una posibilidad tantas veces soñada. Y todo ello con un coste mínimo.

Una de las ofertas que contienen las autopistas de la comunicación es la posibilidad nunca sospechada antes de poner la comunicación pública a cubierto del control político. El fenómeno está comenzando, pero podemos imaginar que la tecnología del computador unida al uso del teléfono permite saltar muchas barreras, incluidas las internacionales. A medida que avanza el prodigio, los Gobiernos autoritarios encuentran más dificultades para obstaculizar la entrada y salida de información de sus territorios. Habían hallado el modo de impedir la audición de programas de radio –el régimen de Franco, por ejemplo, creó en 1941 un Servicio de Interferencia Radiada para entorpecer la escucha de *Radio España Independiente*, *Radio París* o la *BBC*– y habían encontrado el modo de cortar el flujo de transmisiones de televisión –a veces por el procedimiento expeditivo de prohibir las antenas parabólicas, como hizo el régimen fundamentalista de Irán–, pero ya no va a haber policías suficientes para evitar que las autopistas de la comunicación crucen por pequeños artilugios tecnológicos que podrán estar en poder de cualquier ciudadano.

Este desarrollo técnico ha multiplicado las posibilidades del uso individual de la información y ha roto el esquema de control con que los Estados han vigilado la vida de los medios de comunicación social. Una de las peculiaridades políticas de este siglo ha sido el control que se ha ejercido sobre los medios, no sólo mediante la censura o la restricción, sino también mediante la creación de la figura del servicio público, que ha permitido el uso de los medios como herramienta de acción política. El interés del Estado europeo –no así el americano, que siempre confió más en la empresa privada– se centró sobre todo en la radio y luego en la televisión.

El control político

España ofrece un ejemplo característico de los esfuerzos estatales por el control de la información. A principios de siglo, los periódicos no ocasionaban especial preocupación al poder político: le bastaba con maniatar a los medios con unas cuantas leyes –las excepciones que se introdujeron desde 1906 al principio de libertad de expresión garantizado por la Constitución de 1876, la censura impuesta por la dictadura de Primo de Rivera, la ley de Defensa de la República, que facultaba a los Gobiernos para sancionar y suspender a los periódicos…–. El problema lo planteaba la radio y, con unas dotes de previsión impresionantes, los Gobiernos se ocu-

Rotativa del diario *El Mundo* a pleno rendimiento, en una fotografía de J. Villanueva, 1999.

paron de tomar posiciones. Ya en 1908 (mediante un real decreto de 24 de enero, sobre Bases del Servicio Radiotelegráfico), el Gobierno español declaró monopolio del Estado "el establecimiento y explotación de todos los sistemas y aparatos aplicables a la llamada 'telegrafía hertziana', 'telegrafía etérica', 'radiotelegrafía' y demás procedimientos similares ya inventados o que puedan inventarse en el porvenir". Notable previsión, ciertamente. En 1923 (real decreto de 27 de febrero, sobre Régimen de Emisoras y su Explotación), otro Gobierno insistió en que "todas las instalaciones radioeléctricas constituyen un monopolio del Estado" y declaró "clandestinas" las "estaciones radioeléctricas privadas de todas clases y potencias [que] se hallen establecidas actualmente". Un poco más tarde, ya en la República, en 1934 y por ley (de 26 de junio, sobre Estructura técnica y económica del Servicio de Radiodifusión Nacional), se establece que "el Servicio de Radiodifusión Nacional es una función esencial y privativa del Estado". La República demuestra que tampoco quiere dejar nada a la improvisación y establece su control con una gran visión de futuro: en 1935 (mediante decreto de 22 de noviembre, que establece el Reglamento del Servicio Nacional de Radiodifusión, que desarrollaba la ley anterior), disponía, con técnica ya conocida, que entre los "servicios de Radio-comunicación del Estado" se hallará "el establecimiento y explotación de los de Radiodifusión de sonidos e imágenes, ya en uso o que puedan inventarse en el porvenir". En fin, en 1973, la Radiodifusión y la Televisión pasaron a ser concebidas como servicio público centralizado, fórmula jurídica que en nada variaba en la práctica la competencia política sobre el medio y, ya en 1980, (el 10 de enero) se promulgó el Estatuto de la Radio y la Televisión, cuyo primer artículo dispone que "la radiodifusión y la televisión son servicios públicos esenciales cuya titularidad corresponde al Estado". Esta norma sigue vigente hoy y es la que sirve de base reguladora de ejercicio del servicio público por empresas privadas, tanto en radio como en televisión. La entrada de la iniciativa privada en televisión, por cierto, tuvo que esperar hasta 1988 (3 de mayo), en que una ley –mezquina y desconfiada– autorizó tres emisoras privadas de televisión de ámbito estatal.

Posibilidades casi ilimitadas

Al margen del problema del control político sobre los medios, una constante en cualquier país y en cualquier época –pero aminorado en las democracias– es que el panorama de los medios de comunicación social que el ciudadano tiene ante sus ojos ha cambiado diametralmente en cien años. Los medios de comunicación se han diversificado y el conjunto ofrece unas posibilidades de elección casi ilimitadas. Fijémonos en el caso español para apreciar la evolución producida. En 1900 se publicaban en España 1.347 periódicos, de los que el 16 %, es decir, algo más de dos centenares, eran diarios, según datos ofrecidos por J.M. Desvois (*La Prensa en España*, 1900-1931, Madrid, Siglo XXI, 1977). La cifra era realmente elevada, pero muchos de esos periódicos eran de partido, su calidad dejaba mucho que desear y eran caros para el nivel de ingresos de unas masas que trabajaban entre diez y catorce horas diarias y que, además, presentaban una tasa de analfabetismo próxima al 64 %. Las posibilidades de información de un ciudadano del 1900 se reducían al periódico y al bulo de la calle. Hoy se editan menos periódicos en España, 130, pero entre ellos se encuentran muchos de muy alta calidad, que ofrecen información

de todo el mundo con unos contenidos culturales de primer nivel y a un precio realmente bajo. Pero, además, el ciudadano medio dispone en su aparato de radio –que puede adquirir por menos del precio de una comida– de más emisiones que las que es capaz de escuchar y en su televisor –que ha reducido considerablemente su precio– puede sintonizar cada día más emisoras nacionales y extranjeras. A ello hay que añadir la ventana impresionante de Internet, a través de la cual se puede obtener la información que uno pueda desear.

En un siglo hemos pasado del peligro de la falta de información al peligro de la saturación. Las posibilidades que ha multiplicado la tecnología amenazan con sepultarnos en información –de ahí que cada día sea más necesario el periodismo responsable que sabe ofrecer lo importante de entre la enorme maraña de datos, opiniones y sucesos–, pero hemos podido hacer realidad por fin la ilusión de romper el mito de que la información era privilegio de unos pocos. La información hoy puede ser ya de todos. Para alcanzar este objetivo ha sido fundamental el espaldarazo que dio a la información, a mediados de siglo, la Declaración Universal de Derechos del Hombre, al considerarla objeto de un derecho humano. El derecho a la información es la construcción jurídica que aporta este siglo a la causa de la libertad informativa. Con ello ha quedado completo un proceso que conduce a la emancipación informativa.

Bill Gates en el momento de lanzar por Internet el nuevo cable de *Microsoft* y la *NBC*. Abajo, **un aspecto del II Congreso Nacional de Usuarios de Internet en España, en febrero de 1997.**

La historia de la información nos demuestra que su lucha por la libertad ha sido tributaria de la invención técnica, que ha estado en la base de su desarrollo. En el siglo XIX, la Prensa pudo ser diaria gracias a la aplicación de la máquina de vapor a las rotativas. Pero va a ser ahora cuando llegaremos a ver hecha realidad la idea ya tópica de la aldea global anunciada por McLuhan. Hasta hoy, la aldea global ha sido un deseo más que una realidad, pues la información no ha penetrado en una gran parte del mundo. A partir de ahora, sin embargo, se abre la posibilidad de que la conjetura se cumpla. Hay síntomas de que el tráfico de información empieza a invadir rincones hasta ahora invulnerables. Está fuera de duda que la televisión y la radio de Occidente, que se captaban en Berlín y otras ciudades de Alemania Oriental, tuvieron un papel decisivo en el fermento de la irritación social que acabó derribando el Muro. Y un último dato estimulante: el triunfo reformista en las elecciones legislativas celebradas en febrero en Irán demuestra que el país está cambiando y se apunta como causa, entre otras, que la información circula entre los severos controles aplicados por el poder, gracias a las antenas parabólicas que se instalan pese a estar prohibidas y a que el uso de Internet se está extendiendo.

La gran conclusión que ofrece la Historia de este siglo es que la tecnología ha ayudado decisivamente en la batalla por la libertad. Cuando se acaba el siglo, el poder de los Gobiernos, en este capítulo, se ha visto reducido –aunque no hay que pecar de optimistas en esta cuestión– y, paradójicamente, lo que emerge es otro riesgo encarnado en uno de las efectos de la libertad de mercado: la concentración empresarial. Pero éste es un peligro de otro signo, para el que el sistema de la democracia liberal tiene remedio. Es un riesgo que, en todo caso, no empaña el balance positivo y estimulante que ofrece la historia de la libertad de información cien años después.

El despegue de Internet

Hace tres años, los usuarios de Internet en España no llegaban al millón. Esta cifra se ha multiplicado por tres y medio en la actualidad y prácticamente se doblará en los próximos dos años. El increíble despegue de la Red es sin duda el fenómeno que más radicalmente ha cambiado el mundo de las comunicaciones y de la información desde la aparición de la televisión.

A la zaga todavía de su desarrollo y éxito en Estados Unidos, los usuarios de Internet en Europa se han multiplicado espectacularmente en los últimos años: de 23 millones de internautas en 1997 para toda la Unión Europea se ha pasado a 114 en la actualidad, una cifra que se doblará en los próximos dos años.

Según una encuesta sobre consumo de Internet en España del AIMC, efectuada entre octubre y diciembre de 1999, la mayoría de los usuarios españoles accede a la Red desde sus hogares, este mismo porcentaje lo hace más de una vez al día, y más de la mitad consulta su correo electrónico una vez al día.

Algo más de un tercio pasa más de 4 horas por semana conectado a la Red, en un tiempo que en general restan al que antes empleaban en ver la televisión. El principal problema que presenta la red en nuestro país, a juicio de más del 80 por ciento de los usuarios, es la lentitud de las líneas.

Los resultados completos del estudio se pueden encontrar en la página del EGM: **http://www.aimc.es/aimc/html/egm/egm.html**

Diez héroes de la libertad de expresión

Pedro Joaquín Chamorro

Propietario y director de *La Prensa*, el principal diario de Nicaragua, fue constante y muy valeroso en sus denuncias de la dictadura de Somoza, hasta su asesinato en 1978 por sicarios somocistas. Su viuda, Violeta Barrios –futura presidenta de la República– recogió el testigo y

Violeta Chamorro, ya ex presidenta, explica la tragedia del huracán *Mitch* en Madrid, en 1998.

propició el triunfo de la revolución sandinista. El periódico, fiel a su tradición de independencia, pronto sería tan crítico con el sandinismo como había sido con Somoza. El legado de Chamorro ha inspirado desde entonces los esfuerzos de periodismo independiente en Centroamérica.

Woodward/Bernstein/Bradlee/Graham

Este "héroe" colectivo, cuatricéfalo y variopinto hizo posible la más brillante investigación periodística de la Historia, la de *The Washington Post* sobre las operaciones de sabotaje político de Richard Nixon y su encubrimiento. El director, Ben Bradlee, formó sobre la marcha un equipo con dos jóvenes reporteros, el metódico Bob Woodward y el impulsivo Carl Bernstein, y respaldó cada una de sus explosivas informaciones frente a las presiones y a las amenazas, como hizo la patricia editora-propietaria, Katharine Graham. Tras dos años de trabajo periodístico, bien apoyado por la Justicia y el Congreso, Nixon dimitió.

Woodward (izda.) y Bernstein en la redacción del *Post* durante el caso *Watergate*.

Jacobo Timerman

El brillante, polémico y hasta vitriólico periodista argentino fundó *La Opinión* hace tres decenios, y desde sus columnas fue el látigo constante de los abusos del régimen militar, hasta que éste cerró el periódico en 1977 y detuvo a su director. Durante dos años estuvo preso, sometido a terribles torturas y humillaciones. Después de su liberación, Timerman escribió *Prisionero sin nombre, celda sin número*, testimonio de su calvario, que se convirtió en un decisivo alegato contra los militares argentinos. Pese a la recuperación de la democracia en 1984, Timerman prefirió seguir su carrera de comentarista y escritor en Israel y Uruguay. Murió en noviembre de 1999.

Jacobo Timerman en una foto de 1990.

Guillermo Cano

El director del diario *El Espectador*, Guillermo Cano, fue abatido a balazos en 1986, cuando su automóvil estaba detenido en un semáforo en pleno centro de Bogotá. Se afirma que el dirigente del *cartel de Medellín*, Pablo Escobar, organizó varias fiestas fastuosas para celebrar la buena noticia. Nadie duda de la autoría del crimen: con Cano a su cabeza, *El Espectador* libró una valerosa batalla contra los todopoderosos traficantes de cocaína. El diario siguió, con la familia Cano, su campaña, que le costaría otros asesinatos y un atentado con bomba contra su Redacción central.

Omar Belhouchet

El director y editor del diario *El Watan* de Argel, que hoy tiene 46 años, escapó milagrosamente, en 1993, al primer atentado de las milicias integristas contra un periodista. Desde entonces han sido cerca de 60 los profesionales asesinados, y Belhouchet ha tenido que pasar estos siete últimos años entre su trabajo en un verdadero búnker en la capital argelina y temporadas de exilio en Francia, cuando las amenazas se hacían más insistentes. *El Watan*, defensor de un Estado secular y, por ello, enemigo del integrismo islámico, ha mantenido su línea informativa a lo largo de este tiempo, trabajando en circunstancias casi insoportables, profesional y económicamente.

Diario *Madrid*

El histórico vespertino de Juan Pujol cumplió un papel importante, diferente y, en definitiva, noblemente suicida en los años 60. Bajo la inspiración de Antonio García Trevijano y la dirección de Antonio Fontán, aprovechó cada resquicio que dejaba la censura franquista para informar sobre lo que sucedía en la España real y publicar comentarios críticos y prodemocráticos. Tras múltiples sanciones, un editorial alabando la dimisión del general De Gaulle en Francia y dando a entender que Franco debería tomar ejemplo fue la gota que colmó el vaso. El Gobierno cerró el diario en 1971. Más tarde, la voladura de su edificio vino a simbolizar la represión franquista.

Cuatro fases de la voladura del edificio que había albergado la sede del diario *Madrid*.

Pius Njawe

Periodista camerunés de 42 años, fundador y director del periódico trisemanal independiente *Le Messager*, de Duala, que acaba de cumplir 20 años. Detenido en diciembre de 1997 por informar sobre un posible ataque cardiaco del presidente Paul Biya durante un partido de fútbol. Ya había sido encarcelado, en 1996, por la información que su periódico publicaba. Condenado a dos años de cárcel, la presión de los organismos internacionales de Prensa logró su liberación en octubre de 1998, cuando se encontraba en un inquietante estado de salud debido a las condiciones infrahumanas –en una verdadera pocilga, trabado con grilletes permanentes– de su encarcelamiento.

Pius Njawe en una imagen tomada durante una estancia en la cárcel.

Faraj Sarkoohi

Galardonado con la Pluma de Oro de la Libertad de la Asociación Mundial de Periódicos en 1999, cuando ya vivía exiliado en Alemania, Faraj Sarkoohi es el símbolo de la resistencia de la Prensa al régimen islámico de Irán. Fue ya un activista contra el sha, pasando ocho años en la cárcel. Tras la Revolución, dirigió la revista cultural *Adineh*, desde la que siguió pidiendo más libertad de expresión y, en 1994, promovió una famosa declaración contra la censura. Desapareció durante 47 días en 1996, siendo sometido a torturas, y luego encarcelado hasta que la presión internacional logró su liberación y su marcha al exilio.

Edward R. Murrow

Este gigante del periodismo se dio a conocer con su valiente cobertura para la cadena de radio *CBS*, desde los mismos tejados londinenses, de los bombardeos alemanes, contribuyendo a vencer la actitud antibelicista de la opinión norteamericana. Pero sobre todo, cuando todos los medios informativos estaban acobardados y callados ante la tremenda "caza de brujas" anticomunista del senador Joseph McCarthy, Murrow rompió el muro del miedo con un capítulo de su serie de TV *See it now*, que desmenuzaba las tácticas de terror de las famosas audiencias de McCarthy. A partir de ahí se diluyó rápidamente aquel personaje que logró destrozar muchas vidas.

Gao Yu

Escribía desde la República Popular para el *Chinese Overseas Daily* y el *Mirror Monthly* de Hong Kong, destacando la gran calidad de su información y sus análisis de la realidad política china. Gao Yu fue detenida en 1993 y condenada, al año siguiente, a seis años de prisión por "filtrar secretos de Estado" al exterior. Su liberación se convirtió en prioridad de los organismos de libertad de Prensa y de la Unesco, que durante sus años de privación de libertad le dieron sus más altos galardones. En 1999, con un año de anticipación, y en mal estado de salud, fue puesta en libertad, pero lamentablemente mantenida bajo una forma de arresto domiciliario y sin contactos con el exterior.

La periodista china Gao Yu.

Víctor de la Serna

Al servicio del poder

Culto a la personalidad del líder, formación del periodista militante, férreo control de los medios. Éstos fueron los rasgos de la política informativa de los regímenes totalitarios de Italia, Alemania, España y Portugal, así como de la Unión Soviética

Carlos Barrera
Facultad de Comunicación
Universidad de Navarra

LA AFIRMACIÓN DE LA DEMOCRACIA, EN EL siglo XX, como régimen político que mejor podía garantizar el reconocimiento de las libertades y los derechos básicos de las personas, tropezó con serias dificultades en diversos períodos históricos más o menos amplios. Naciones como la Alemania nazi, la Italia fascista, la España franquista, el Portugal salazarista y la Unión Soviética comunista, con sus países satélites, sufrieron en diversos grados la brusca o gradual interrupción de regímenes de libre opinión pública, o que al menos disfrutaban de cierto grado de libertad. Bajo el común denominador de las respectivas dictaduras que fueron instauradas, los medios de comunicación de dichos países quedaron sometidos a rígidos sistemas de control en aras de la consecución de una razón nacional superior: la *Volksgemeinschaft* o "comunidad orgánica nacional", el *Impero*, la Revolución nacional-sindicalista, el *Estado Novo* o la dictadura del proletariado.

Luces y sombras, el siglo de la democracia ha sido también el siglo de los totalitarismos, y éstos no dudaron en emplear abundantemente los principales resortes de que disponían para adoctrinar a las masas: medios de comunicación tradicionales como la Prensa, nuevos como la radio y el cine, y otros menos convencionales como el arte, el teatro o la literatura –la cultura en general– se impregnaron del sentido revolucionario que predicaban e imponían cada uno de esos regímenes. El objetivo era crear una conciencia colectiva común, anulando las opiniones particulares disgregadoras o discrepantes. Los métodos empleados para conseguir el silenciamiento y el adocenamiento, el control en una palabra, de los medios no afines, fueron relativamente similares. Y en esas condiciones, la información devino propaganda.

Quema de libros de autores judíos por los nazis en Berlín, 1933. Abajo a la derecha, **cartel de propaganda de las Juventudes Hitlerianas, en 1930.** En la página opuesta, **tres poses histriónicas de Adolf Hitler, en una sesión fotográfica para ensayar sus discursos. La difusión de estas fotografías fue prohibida por el Führer.**

En todos los casos se crearon organismos administrativos centralizadores bajo denominaciones varias, si bien la mayoría incluyó el término *propaganda*, a imitación del Ministerio de tal nombre creado por Joseph Goebbels en la Alemania de 1933. El período de entreguerras, con la crisis de los regímenes liberales clásicos, propició el florecimiento de una serie de ideologías y de sistemas políticos alejados de esos presupuestos anteriores y que acabaron desembocando en auténticas dictaduras. Y, en ese contexto, el cuarto poder de la Prensa inherente al liberalismo fue también puesto en discusión, dado que –como señalaba críticamente el preámbulo de la española Ley de Prensa del 22 de abril de 1938– "se quería hacer de él una premisa indiscutible".

Por su especial rigidez, y en parte también por las nefastas y trágicas consecuencias sangrientas que se derivaron de la aplicación sistemática de sus métodos, destacaron sobremanera los totalitarismos alemán y soviético, lo que se dejó notar en sus políticas de propaganda. Especialmente implacable y duradera en el tiempo fue la dictadura de la Unión Soviética. Las políticas de propaganda fascista y nazi fueron los dos principales modelos de los que bebieron las respectivas legislaciones de la España de Franco y del Portugal de Salazar. Tanto el hombre de confianza de Hitler para la propaganda, Joseph Goebbels, como el propio Mussolini –que había sido periodista antes de lanzarse a la política–, fueron los más sistemáticos en el uso de todos los medios a su alcance para aca-

bar con las disidencias y conformar una Prensa unificada y una maquinaria de propaganda eficaz que llegara a todos los rincones.

Esta imagen de Lenin en el estadio final de su enfermedad, en 1923, no vio la luz hasta el colapso de la Unión Soviética.

URSS: construir el socialismo

La Revolución rusa conducida por Lenin y triunfante en octubre de 1917 no tardó mucho tiempo en implantar severas medidas: el 27 de octubre, en la primera medida tomada por el Gobierno, se cerraron por decreto todos los periódicos de la oposición; el 17 de noviembre, se procedía a la incautación y nacionalización de los bienes de las empresas periodísticas; el 28 de enero de 1918, el Estado declaraba el monopolio sobre las imprentas y todo tipo de publicaciones; el 17 de abril de 1918, la Oficina de Prensa del Comité Ejecutivo Central de los Soviets se fusionaba con la antigua agencia telegráfica PTA formando la Rosta; y el 19 de julio, otro decreto centralizaba todos los equipos radiotécnicos y las emisoras de radio. Puntos culminantes en este férreo proceso de centralización y uniformidad informativa por parte del Comité Central del Partido Comunista fueron: la creación del Departamento de Agitación y Propaganda o *Agit-Prop,* en 1920; el establecimiento en 1922 de un Comité encargado de la Censura (el *Glavlit*); y la fundación de la Agencia Tass, a partir de la antigua Rosta, en 1925.

No hay que olvidar que hasta 1921 no terminó realmente la guerra civil que se entabló en territorio ruso como continuación de la Gran Guerra europea, lo que contribuyó aún más, si cabe, a la rigurosidad del control informativo. Los diarios *Pravda*, como órgano del partido, e *Izvestia*, como representante del Gobierno soviético, se constituyeron en los principales portavoces escritos y medios de referencia por excelencia. Publicados en Moscú, más político el primero y algo más informativo el segundo, en 1936 alcanzaban una difusión de 1.900.000 y 1.600.000 ejemplares respectivamente, con los que llegaban a todos los rincones de la URSS.

Este esquema se mantuvo en lo básico durante muchas décadas. El aumento de la potencia política y militar soviética se correspondió con un paralelo aumento del número de publicaciones oficiales y de sus tiradas. Así, a la altura de 1986 *Pravda* tenía una circulación de 10,7 millones de ejemplares diarios, e I*zvestia,* unos 7 millones. Otras publicaciones de alcance confederal contaban también con grandes tiradas: 15,7 millones alcanzaba el diario de los sindicatos *Trud*, y 11 millones el *Komsomolskaia Pravda*, de las juventudes comunistas.

La llegada al poder de Mijaíl Gorbachov en 1986 supuso el comienzo del fin de este inmenso aparato de propaganda. La política conocida como *perestroika* tuvo como uno de sus rasgos característicos la llamada *glasnost* o transparencia informativa, cuyo punto culminante sería la Ley de Prensa de 12 de junio de 1990, por la que se reconocía a todo ciudadano soviético el derecho a editar un periódico o a crear cualquier otro medio informativo, y se abolía la censura. Aunque la falta de recursos financieros y técnicos hacía difícil ese tipo de iniciativas, que se hicieron algo más factibles en ámbitos como las revistas y las agencias de noticias, el camino hacia el cambio ya estaba trazado.

Italia: ocupar la sociedad

La *Marcha sobre Roma* del 28 de octubre de 1922 marcó el inicio del progresivo e imparable avance fascista impulsado por Benito Mussolini. Activa desde el final de la Primera Guerra Mundial, la propaganda fascista ya contaba con sus órganos propios, en especial, la tribuna personal del propio Mussolini, el periódico *Il Popolo d'Italia*. Pero fue a partir de 1926 cuando se puso en marcha de forma intensiva el proceso de *fascistización* del Estado, de la vida pública. En esta labor, la Prensa y los demás medios de comunicación y de cultura actuaron como vehículos para hacer llegar a las masas los mensajes propagandísticos centralizados desde la *Ufficio Stampa e Propaganda del Capo del Governo*. Este organismo, siguiendo el ejemplo alemán, se transformó hasta llegar a constituirse, en 1935, en el *Ministero di Stampa e Propaganda*. Finalmente, en noviembre de 1937, recibió la denominación definitiva de *Ministero della Cultura Popolare*, más conocido por su abreviatura *Minculpop*.

Entre 1926 y 1929 se produjo lo que Paolo Murialdi ha denominado *fascistización integral* de la Prensa. Ya antes se habían dado algunos pasos en ese sentido, como el decreto del 12 de julio de 1923, gravemente limitador de la libertad de Prensa, y que Mussolini decidió finalmente que no entrara en vigor hasta que las circunstancias lo requirieran. Pero el efecto amenazador de la estratagema del Duce consiguió que muchos periódicos, salvo los grandes independientes como *Il Mondo*, *La Stampa* o *Il Corriere della Sera*, se alinearan en la tarea de colaborar en la gran obra de "reconstrucción nacional" por él emprendida. El principal instrumento jurídico del que se sirvió el fascismo para controlar todos los resortes de la Prensa fue la ley de 31 de diciembre de 1925. Apareció entonces la figura del director responsable y la obligación de figurar en el *Albo* o registro de periodistas para poder ejercer la profesión. Y se requirió una autorización previa para cada publicación.

A la par que estos métodos coercitivos, se fue produciendo una fuerte presión sobre los grandes diarios liberales para lograr su fascistización, a través de la entrada en la propiedad, y posteriormente en la dirección, de elementos afines al fascismo. Los periódicos propiamente fascistas eran menores en difusión y frecuentemente deficitarios, pero contaban con el apoyo del poder y desempeñaron el necesario

A Mussolini le gustaba compararse con el *rey de los animales*. La fotografía le muestra con un cachorro de león, en 1925. Abajo, **cartel de propaganda soviética en 1942: un obrero con las efigies de Stalin y Lenin en una grandilocuente bandera roja.**

papel de definidores de la ortodoxia política e ideológica y de movilizadores propagandísticos. *Il Popolo d'Italia* servía de referencia para muchos periódicos pequeños de provincias, que reproducían sus artículos, lo que unido al control estatal de la agencia de noticias Stefani se traducía en un dominio casi completo de la información.

Italia no entró en la Segunda Guerra Mundial hasta junio de 1940, y el *Minculpop* trabajó a fondo para que los periódicos y radios siguieran las consignas oficiales. La preocupación por esto se demostró en el hecho de que las directrices de tipo político emanadas por el Ministerio superaron en importancia y número a las concernientes a operaciones militares. Su principal misión era insuflar en la población un entusiasmo que las sucesivas derrotas de los ejércitos iban minando. Así las cosas, la destitución de Mussolini, el 25 de julio de 1943, y la favorable reacción popular vinieron a demostrar que la propaganda fascista había creado un ambiente artificial con escasas bases sólidas. La breve reaparición del Duce, entre septiembre de 1943 y julio de 1944, bajo ocupación alemana, no vino sino a confirmar esto.

Goebbels y la propaganda nazi

"La esencia de la propaganda consiste en ganar gente para la idea de una forma tan sincera, tan vital que, al final, sucumba ante ella de tal manera que ya no la pueda abandonar nunca". Esta rotunda afirmación de Joseph Goebbels, muñidor y forjador del aparato propagandístico del nacionalsocialismo alemán, da una idea de los ingentes recursos que se emplearon para captar la adhesión del pueblo germano a unas ideas y a unas actuaciones políticas que desembocaron en uno de los mayores genocidios del siglo XX.

Al igual que sucediera en Italia, la organización totalitaria del III Reich tuvo que hacerse en dos frentes simultáneos: al tiempo que se presionaba y ahogaba a la Prensa liberal o burguesa, se procedía a establecer una legislación que recortaba las libertades de empresa, de expresión y de acceso a la profesión. Pero los métodos nazis se demostraron más duros y eficaces que los del fascismo italiano. Así, a la altura de 1938 –es decir, sólo cinco años después de la subida de Hitler al poder– prácticamente una tercera parte de los periódicos estaba bajo control directo del partido, y los demás férreamente vigilados en sus

contenidos. Y a diferencia de Italia, según señala Ingrid Schulze, "la propaganda psicológica cala tan honda, en el pueblo alemán que se mantendrá al lado del *Führer*, incluso en los momentos más adversos de la contienda, hasta su final en 1945".

Hitler, que había creado el Partido Nacional Socialista del Trabajo (NSDAP) en 1921, se aprovechó del imperio periodístico que el magnate nacionalista alemán Alfred Hugenberg le ofreció a finales de los años veinte para su entrada decidida en la escena política oficial. Junto con Goebbels, que desde 1929 ostentaba el cargo de jefe de propaganda del partido, fue preparando su ascenso al poder. El primer éxito electoral del NDSAP, en septiembre de 1930, no tuvo aún su paralelo en el ámbito de la Prensa propia: en 1932 sólo uno de los veintiséis millones de ejemplares correspondían a diarios y semanarios nacionalsocialistas. Más importancia tuvo el cine documental dado que Hugenberg era propietario de la UFA (*Universum-Film-Aktiengesellschaft*), cuyos noticiarios cinematográficos concedieron amplios espacios a la figura de Hitler y su partido.

La llegada al poder de Hitler, el 30 de enero de 1933, significó inmediatos y drásticos cambios en la legislación sobre Prensa y medios de comunicación.

Goebbels, el artífice de la política propagandística e informativa del Tercer Reich, en un retrato oficial.

En febrero reguló la incautación de los impresos que incitaran a desórdenes públicos y abolió la libertad de Prensa, como medida de protección contra las publicaciones comunistas y socialistas, que fueron clausuradas y cuyas instalaciones resultaron incautadas. El 12 de marzo creó el Ministerio de Cultura Popular y Propaganda (*Reichministerium für Volksaukflärung und Propaganda*), al frente del cual situó a su leal Goebbels, que lo regentaría hasta el mismo 1945. Ya desde el mismo 1933, ese departamento repartía diariamente consignas para la elaboración de artículos de Prensa.

A partir del primero de enero de 1934 entró en vigor la nueva ley de Prensa aprobada tres meses antes. Más totalitaria que la ley fascista de 1925, establecía taxativamente que todos los periodistas harían "su trabajo de acuerdo con la filosofía de vida del Nacionalsocialismo". Bajo control del ministro quedaban "las tareas de dirección espiritual de la Nación". Los periodistas, que debían inscribirse en un registro, quedaban convertidos en funcionarios a los que se exigía pertenecer a la raza aria y participar en un curso especial de formación de un año de duración. Casi al mismo tiempo, el 5 de diciembre de 1933, se fundaba la agencia oficial de noticias DNB, encargada de dotar de material informativo a las redacciones de los periódicos.

La exaltación y el culto a la figura del Führer fueron piedras esenciales de la propaganda nazi dirigida por Goebbels, quien comparaba la labor de la Prensa como un concierto o sinfonía donde nadie

Francisco Franco ante los micrófonos, tras sufrir un accidente de caza.

tenía derecho a tocar el instrumento que quisiera sino el señalado de acuerdo a un plan marcado por el director de orquesta, que no era otro que el propio ministro de Propaganda. Pero tan importante como la centralización de la propaganda fue su extensión y aplicación capilar a través de los responsables regionales y municipales del Reich: militantes y funcionarios, cuya tarea abarcaba desde colocar carteles y lanzar panfletos hasta la organización de actos políticos.

En esta diseminación de los mensajes propagandísticos, cobró una especial relevancia la radio, mayor quizás incluso que la Prensa. Así, mientras en

Derecho a la información en el siglo XX

Teodoro González Ballesteros
Catedrático de Derecho de la Información
Universidad Complutense de Madrid

El siglo XX es, fundamentalmente, el de las grandes Declaraciones de Derechos que vienen a recoger lo que se conoce como Derechos Humanos, y que una vez constitucionalizados o positivizados se han convertido en Derechos Fundamentales recogidos en las distintas Constituciones. El texto básico es la Declaración Universal de Derechos Humanos, de 10 de diciembre de 1948, que tiene como antecedentes mas cercanos la Declaración de Derechos de Virginia de 1776, y la Declaración francesa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, sin olvidar la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre, de 2 de mayo de 1948.

La Declaración Universal contiene una tabla en que se concretan treinta y seis derechos, y de los cuales el que directamente afecta al derecho a la información es el recogido en el artículo 19, que literalmente dice: "Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión". Como complemento necesario de la Declaración se elaboró, en el ámbito del Consejo de Europa, el Convenio Europeo para la Protección de los Derechos Humanos y de las Libertades Fundamentales, hecho en Roma el 4 de noviembre de 1950, que España firmó el 24 de noviembre de 1977 y ratificó mediante instrumento de 26 de septiembre de 1979, fecha a partir de la cual está vigente en nuestro país. El Convenio desarrolla la Declaración al tiempo que positiviza los derechos humanos, recogiendo en su artículo 10 lo siguiente: "1. Toda persona tiene derecho a la libertad de expresión. Este derecho comprende la libertad de opinión y la libertad de recibir o de comunicar informaciones o ideas, sin que pueda haber ingerencia de autoridades públicas y sin consideración de fronteras. El presente artículo no impide que los Estados sometan a las empresas de radiodifusión, de cinematografía o de televisión, a un régimen de autorización previa. 2. El ejercicio de estas libertades, que entrañan deberes y responsabilidades, podrá ser sometido a ciertas formalidades, condiciones, restricciones o sanciones previstas por la Ley, que constituyan medidas necesarias, en una sociedad democrática, para la seguridad nacional, la integridad territorial o la seguridad pública, la defensa del orden y la prevención del delito, la protección de la salud o de la moral, la protección de la reputación o de los derechos ajenos, para impedir la divulgación de informaciones confidenciales, o para garantizar la autoridad y la imparcialidad del poder judicial". Al tiempo crea el tribunal Europeo de Derechos Humanos, con sede en Estrasburgo, como organismo jurídico para asegurar el respeto y la defensa de los derechos y las libertades amparadas en el Convenio, y al que puede recurrir cualquier ciudadano europeo en defensa de sus intereses.

Así es como también nace en el siglo la Ciencia del Derecho de la Información que tiene como finalidad última el estudiar la forma y contenido en que se hace efectivo el derecho de toda persona, individual y colectivamente, a recibir información por cualquier medio de difusión, que en el caso español está recogido en el artículo 20 de la Constitución.

La trascendencia del derecho a la libertad de expresión que se recoge en los textos citados no es otra que la de convertir a la persona en ciudadano, en miembro de la comunidad con derecho a opinar y a decidir públicamente, y sobre todo tiene la esencial misión de hacer efectivo al ciudadano el fundamental derecho a estar informado, que se hace posible a través de los medios de comunicación. El milenio termina caracterizando a la sociedad actual como la sociedad de la información, y la sociedad de la información se vuelve conocimiento a través de la reflexión, condición o requisito previo a la elección y a la opinión.

Vicente Gallego, director de la Agencia EFE, con jefes militares en febrero de 1941. Abajo, **Queipo de Llano en una de sus célebres charlas radiofónicas durante la Guerra Civil española.**

Italia apenas se llegaba al millón de aparatos receptores de radio en 1939, la Alemania nazi contaba con casi catorce millones de aparatos, merced a la producción masiva de los populares *Volksempfänger*, impulsada por Hitler desde 1933. Nacionalizadas en 1934 las últimas compañías privadas de radio, este medio fue abundantemente utilizado también en campañas exteriores. Los altavoces situados en locales públicos lograban una penetración más eficaz que los medios impresos. No se reparó en medios para conseguir los efectos deseados, pues estaba en juego todo un intento de dominación del mundo. Como dijo Hitler en Nuremberg en 1936, "la Propaganda nos ha conducido hacia el poder, la Propaganda nos ha permitido después conservar el poder, la Propaganda nos dará la posibilidad de conquistar el mundo".

Las peculiaridades del caso español

La Ley de Prensa que estuvo vigente en España durante buena parte de la dictadura franquista databa de 1938, es decir, fue promulgada en plena guerra civil. Situados en ese contexto, y teniendo en cuenta además la influencia y los apoyos recibidos por la Italia fascista y la Alemania nazi, no cabía imaginar sino la aplicación de un sistema totalitario de control de los medios de comunicación, cuyo principal organizador fue Ramón Serrano Suñer. Los periódicos y emisoras de las ciudades que se iban ganando al enemigo pasaban a ser incautados y, en su mayoría, a engrosar la Cadena de Prensa y Radio del Movimiento Nacional, controlada por los falangistas.

No faltaron los tradicionales medios de control en este tipo de sistemas: la censura previa, las consignas a la Prensa, el necesario visto bueno del Gobierno a los nombramientos de directores, el control del acceso a la profesión periodística a través del correspondiente carné y del Registro Oficial de Periodistas, la regulación del número de periódicos y de las páginas que debían contener, la creación de la agencia oficiosa de noticias EFE, etcétera. Sin embargo, y dada la beligerancia favorable al bando franquista de bastantes periódicos y emisoras privadas durante la guerra, no se procedió a una nacionalización completa. Y así convivieron diarios y publicaciones del Movimiento con otras de propiedad privada que habían mostrado su lealtad. Lo mismo ocurrió en el ámbito radiofónico, donde la SER (Sociedad Española de Radiodifusión) se constituyó en la principal cadena privada, no sólo de España sino de toda Europa. Franco ciertamente no era muy partidario de la propiedad privada de los medios de comunicación, pero no podía dejar de premiar a sus colaboradores.

Hasta 1951 no se erigió un departamento ministerial propio que se hiciera cargo de las competencias de Prensa y Propaganda: fue el llamado Ministerio de Información y Turismo, cuyo primer regidor fue Gabriel Arias-Salgado. Sus competencias habían ido pasando hasta entonces por distintas instancias administrativas o gubernamentales, todas ellas eminentemente políticas. La censura y las consignas funcionaron con especial fuerza y severidad en los años cuarenta, coincidiendo con los años de la posguerra civil, la Segunda Guerra Mundial y el posterior aislamiento internacional de España por los países aliados.

Hasta aquí, pues, el sistema franquista de control de la comunicación era bastante similar a los de los regímenes antes mencionados. La gran novedad llegó, sin embargo, en 1966 con la nueva Ley de Prensa e Imprenta que impulsó el joven ministro, sucesor de Arias-Salgado, Manuel Fraga. Los controles directos antes establecidos pasaron a ser más sibilinos y la Prensa dejaba de ser una Prensa *dirigida* para ser una Prensa *vigilada*. No se reconocía una plena libertad de Prensa, pero se concedían mayores márgenes de actuación informativa y de opinión, cuyos imprecisos y arbitrarios límites –dependientes, al final, de la voluntad del Ministerio de Información– fueron el origen de un buen número de sanciones administrativas, multas, cierres, secuestros. Además, las jurisdicciones especiales como el Tribunal de Orden Público y los tribunales militares también actuaron como medios represivos y disuasivos. La consecuencia fue que, pese a la abolición de la censura y las consignas, se dio paso a la autocensura de los propios periodistas y, sobre todo, de los directores de periódicos.

Un equipo de filmación de NO-DO por los caminos de España, en la década de los 40.

Desaparecidos los medios más directos de control como la censura y las consignas, se establecieron diversas medidas cautelares como sucedáneos de aquéllos: el depósito previo de ejemplares media hora antes de su distribución, lo que posibilitaba el secuestro de la edición por el Ministerio; la consulta voluntaria de textos para asegurarse de que no recaerían sanciones por su publicación; la suspensión del director por tres faltas graves cometidas en un mismo año, etcétera. También por vía de hecho llegaban a los directores recomendaciones o avisos, escritos o telefónicos, sobre el modo de tratar ciertos temas. Otro medio de tener *atada* la Prensa fue a través de la obligada inscripción de las empresas editoras en el Registro de Empresas Periodísticas: el Ministerio podía no autorizar dicha inscripción o cancelar una ya realizada. En ambos casos, la consecuencia final era idéntica: la imposibilidad de editar el correspondiente periódico.

El propio Franco se dio cuenta de la magnitud de dicho cambio pero confiaba en la utilización de lo que él llamaba *medios indirectos de control*, que consideraba suficientes. Así, la llamada Ley Fraga presentó dos caras: una negativa a corto plazo, propagada por los periódicos y periodistas que sufrían sus consecuencias represivas, y otra positiva a medio plazo, pues la Prensa pudo abrir sus páginas al debate público y convertirse en un foro ideológico y político más adelantado que los cauces políticos oficiales. En un plano meramente informativo, el hecho de que pudiese informar de conflictos laborales, manifestaciones callejeras, algaradas estudiantiles y otros desórdenes públicos, hizo que la imagen de una España idílica, feliz y sin problemas que había salvaguardado la censura hasta 1966 se desmoronase. Los favorables efectos políticos de esta apertura en la Prensa fueron notorios y, a pesar de que cayeran en el camino diarios críticos, como *Madrid* en 1971, la Prensa maduró y dio los primeros pasos de su transición particular ya durante el tardofranquismo.

El *cuarto poder* del Estado

La descripción de los principales rasgos de estos sistemas totalitarios de control de la comunicación nos lleva a la consideración de un factor común: el desprecio por la libertad de Prensa entendida al estilo *burgués* y liberal de comienzos del siglo XX y, acto seguido, el indudable reconocimiento de su poder, la importancia que se le concede como arma de propaganda y de control de la información. El llamado *cuarto poder* se incorporó así a las estructuras políticas del Estado o del partido único, con la misión de propagar la verdad nacional.

El culto a la personalidad se convirtió en uno de los lugares comunes de estos regímenes totalitarios: Hitler, Mussolini, Lenin, Stalin, Salazar y Franco fueron exaltados como líderes carismáticos de sus respectivas naciones. Y consiguientemente también se procedió a la exaltación de los regímenes por ellos acaudillados. "Queremos periodistas dispuestos a apoyar a su Führer y al nuevo Reich", decía en público Wilhelm Heiss en el congreso de periodistas celebrado en Colonia en noviembre de 1935 y, tratando a los periodistas italianos como a soldados, Mussolini les arengaba así el 14 de octubre de 1933:

"Los periodistas italianos deben considerarse soldados a los que se confía proteger el sector más avanzado y más delicado del frente fascista y manejar el arma más potente y peligrosa de toda batalla (...) El fascismo quiere un periodismo militante. Todos los periodistas deben formar un solo bloque (...) De la primera a la última página, del artículo de fondo al aviso económico (...), el periódico debe preocuparse por presentar una homogeneidad esencial".

Cuando la libertad de información se cercena y queda sometida a los omnímodos poderes del Estado, sufre no sólo la pluralidad ideológica sino también la calidad de la información. Las directrices políticas y la censura ejercidas por esas dictaduras produjeron, por lo general, periódicos monocordes, anodinos, con falta de garra y de atractivo. Esta tendencia sólo se quebró en casos de cierta apertura final, como ocurrió en España y, en menor medida, Portugal; o en la resistencia mostrada por algunos periódicos italianos a la fascistización integral de la Prensa.

El dominio de la información se reveló, pues, como parte relevante de las estrategias de los principales regímenes totalitarios y autoritarios de la Europa del siglo XX. Porque no puede olvidarse que, en definitiva, la comunicación es poder.

Un siglo de desafíos

En los últimos cien años, el periodismo ha sufrido un proceso de profesionalización y especialización, a la par que mantenía un pulso contra el poder, del que son ejemplos emblemáticos los casos *Profumo* o *Watergate*

Víctor de la Serna
Periodista

NEW YORK JOURNAL
AND ADVERTISER
DESTRUCTION OF THE WAR SHIP MAINE WAS THE WORK OF AN ENEMY.
$50,000!
$50,000 REWARD!
For the Detection of the Perpetrator of the Maine Outrage!
Assistant Secretary Roosevelt Convinced the Explosion of the War Ship Was Not an Accident.
The Journal Offers $50,000 Reward for the Conviction of the Criminals Who Sent 258 American Sailors to Their Death.
Naval Officers Unanimous That the Ship Was Destroyed
$50,000!
$50,000 REWARD!
For the Detection of the Perpetrator of the Maine Outrage!

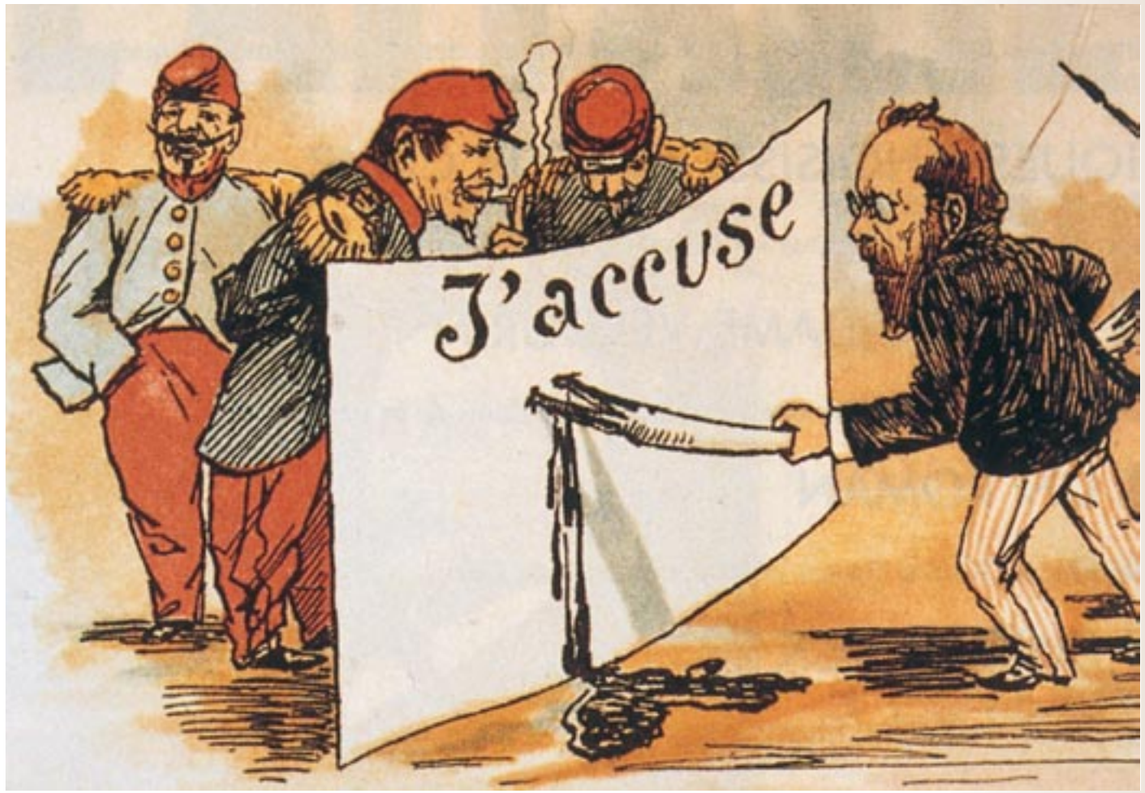
CON DOS GUERRAS MUNDIALES Y DOS ideologías totalitarias, el siglo XX ha sido el siglo de los Estados, de los todopoderosos Estados", ha afirmado el político liberal francés Alain Madelin. "Un siglo duro para el hombre, en el que el hombre a veces era bien poca cosa...".

El periodismo ha ganado precisamente sus galones, durante el pasado siglo, como representante de la persona, del ciudadano, frente a los grandes poderes públicos y privados. En los sistemas democráticos, ha dado a los electores la posibilidad de escoger con algún conocimiento de causa más del que esos grandes poderes habrían querido, muchas veces, que las personas comunes poseyesen...

Watergate. El caso Profumo. Los diamantes de Bokassa. La guerra sucia en el País Vasco. Son hitos que marcan la aportación de la Prensa a las democracias en un siglo convulso, al que la información ha salvado, más de una vez, de incurrir en desgracias todavía mayores.

La lucha por la libertad de Prensa, la información sobre lo que los distintos poderes desean ocultar, el papel de decisivo intermediario entre los ciudadanos y la realidad que los circunda para permitirles hacer en conciencia elecciones informadas: todo ello, como es lógico, fue más sencillo durante el siglo XX en las sociedades democráticas que en las demás. Además, para satisfacción de los defensores de la libertad de Prensa, la nómina de los países democráticos ha crecido espectacularmente durante el siglo: en 1900 no había ni uno solo con plena democracia –según las estrictas normas de la organización Freedom House, no lo eran siquiera Estados Unidos ni Gran Bretaña, que aún no habían instituido el sufragio universal-, mientras que en el 2000 son 119, el 62% del total.

Pero el progreso de la libertad de expresión y de los logros profesionales del periodismo no ha marchado, ni mucho menos, estrictamente en paralelo con los avances de la democracia formal. La libertad ha sufrido vaivenes, y los medios informativos han conocido momentos más brillantes y menos a lo largo del siglo. Quizá los más brillantes no se hayan producido ni al principio ni al final...



Grabado satírico alusivo a la intervención de Zola en el caso *Dreyfus*. A la izquierda, una caricatura sobre el *Maine* aparecida en *Blanco y Negro* en 1898 y primera página del *New York Journal*, culpando a España de su hundimiento.

En 1900, el llamado *interés nacional* dominaba amplios capítulos de la agenda informativa: en particular, las noticias internacionales. Las grandes agencias, la francesa Havas y la británica Reuter estaban directamente bajo la influencia de los respectivos Ministerios de Relaciones Exteriores, que filtraban y sesgaban todas las noticias que distribuían. La única gran agencia independiente de aquel momento, la norteamericana Associated Press –una cooperativa de los diferentes diarios de Estados Unidos–, no podía llegar a los escenarios de los grandes conflictos coloniales, vetada por sus competidoras de las grandes potencias europeas.

La información internacional tenía, pues, una mínima fiabilidad en aquellos momentos, y los principales diarios se veían obligados a publicar los despachos de tantas agencias como fuese posible, por si de la disparidad de versiones pudiese salir alguna luz...

El proceso de profesionalización

Aunque el impacto social y político de la Prensa durante la última parte del siglo anterior ya había sido importante –desde Émile Zola hasta las revelaciones del *The New York Times* sobre la corrupción en la política neoyorquina: el Círculo de Tweed–, el doble sometimiento a los Gobiernos y a los caprichos de las empresas periodísticas, con una generalizada falta de respeto por la ética profesional, condicionó mucho el impacto de la Prensa hasta pasada la guerra de 1914-1918.

Un proceso de profesionalización suponía a principios de siglo una necesidad acuciante. Sin él, la credibilidad de los medios informativos no hubiera crecido en los países democráticos. Ese proceso se ha producido, en efecto, y ha supuesto un factor importante y positivo para el desarrollo del periodismo durante el siglo.

Cuatro factores han determinado esa tendencia: el asociacionismo, la enseñanza universitaria del periodismo, el estudio cada vez más profundo de la comunicología y la conciencia cada día mayor que los profesionales tienen de su responsabilidad social.

El *Institute of Journalists* británico es anterior incluso al principio del siglo; posteriores son la *American Newspaper Guild* y la *Fédération Nationale de la Presse Française*, junto a otras instituciones. Todas comparten un carácter doble, sindical y profesional, que las distingue de otros organismos. Ese es también el carácter que se ha ido imponiendo en la Federación de Asociaciones de la Prensa en España tras la recuperación de la democracia.

Hasta finales del siglo XIX, los periodistas aprendían el oficio a través del aprendizaje, como meritorios. El primer curso universitario se

impartió en la Universidad de Missouri en 1874, y fue la neoyorquina de Columbia la que dio sus cartas de nobleza a la enseñanza del oficio creando el primer programa de posgrado en 1912, merced a una donación del magnate de la Prensa (amarilla, por cierto) Joseph Pulitzer.

Redacción del diario del sindicato polaco Solidaridad en 1982, con una interpretación irónica de la tradicional imagen de Lenin. A la izquierda, **Joseph Pulitzer.**

A partir de ese momento quedó patente que la práctica del periodismo y la gestión de los medios informativos, cada día más complejas, exigían una formación especializada. Salvo en casos excepcionales (como el de España), sin embargo, esa necesidad nunca se plasmó en la exigencia de titulaciones determinadas: la libertad de expresión no se puede ver limitada a quien haya estudiado de una forma determinada y recibido un título de una autoridad académica específica...

Los editores y directores también se dieron cuenta, ya en el primer tercio del siglo, de que la información especializada (política, economía, ciencia...) empezaba a exigir una formación igualmente especializada. Y hacia 1950 ya se estaban impartiendo cursos de periodismo de todos los tipos y todos los niveles en casi todas las universidades occidentales, además de los cursos de comunicación con carácter más teórico e investigativo.

Conviene regresar unos años atrás para recordar los prolegómenos poco prometedores, y dolorosos para el recuerdo de muchos españoles, del papel de los medios en la sociedad actual: se trata de la tergiversación de la explosión (accidental, como mucho más tarde se demostraría) del *Maine* en el puerto de La Habana por el *New York Journal* de William Randolph Hearst, que de hecho desencadenó la Guerra de Cuba. La capacidad manipuladora de la Prensa alcanzaba una de sus cumbres históricas. O una de sus simas.

De forma quizá simbólica de toda una era, Pulitzer señaló el 1 de enero de 1901, introduciendo un formato nuevo en una edición especial para el nuevo siglo: era la mitad de grande del habitual, y lo bautizó tabloide...

Competencia feroz

La guerra de ventas, sin reglas ni límites, entre Hearst y Pulitzer, reflejada en menor medida por los escarceos de la Prensa de bulevar en Francia, Gran Bretaña y Alemania, marcaba un inicio de siglo inquietante. Y, como respuesta a la incapacidad de los medios para autorregularse y mantener mínimos nive-

Un trabajador ruso lee el diario *Slobo*, heredero del comunista *Pravda*, en una fotografía tomada en 1998.

les éticos, llegó la primera de las habituales respuestas del poder político: aprendida la lección de las manipulaciones de 1898, el Gobierno de Estados Unidos entró en la I Guerra Mundial, en 1917, con una Ley de Espionaje y una Ley de Sedición que limitaban la libertad de expresión.

La Prensa más responsable hubo de escudarse en sucesivos organismos de defensa de esa libertad para ir reconquistándola y defendiéndola. Sería la lucha de todo un siglo, librada por organizaciones como la *American Society of Newspaper Editors* (1922) o, después de la II Guerra Mundial, el Instituto Internacional de Prensa y la Asociación Mundial de Periódicos.

Una Prensa profesionalizada, independiente porque era económicamente viable, y con normas deontológicas claras rendiría así sus mejores servicios a la sociedad en el periodo 1930-90, aproximadamente. Y es que a fines de siglo resurgen, en un entorno multimedia y con nuevos condicionamientos tecnológicos, algunos problemas que nos recuerdan demasiado a los de 1900.

Estados Unidos fue siempre la locomotora periodística: primero, por el vigor de su información independiente desde los frentes abiertos en el mundo –Revolución rusa, Guerra Civil española...–; después, por la influencia de sus medios en la pugna por los derechos civiles, contra la guerra en Vietnam y frente a la maquinaria de corrupción política creada por Richard Nixon a principios de los 70: el *Watergate*. La dimisión de *Ricky el Tramposo* sigue siendo uno de los hitos de la acción cívica de la Prensa en el siglo XX.

Vigilancia en Fleet Street

Gran Bretaña tiene, si es posible, un historial aún más denso de control de la vida pública y de sus corruptelas por parte de la Prensa de *Fleet Street*. Del ministro Profumo al ministro Aitken van casi 40 años de implacable vigilancia que, en más de una ocasión, ha precipitado cambios de Gobierno... pero ha mantenido el nivel de los escándalos político-financieros británicos, tan estrechamente controlados, muy por debajo del que han llegado a alcanzar los casos de corrupción en países de menor agresividad periodística, como Italia, Alemania o Francia.

Es llamativo el caso francés, donde un semanario satírico, *Le Canard Enchaîné* ("El Pato Encadenado"), ha tenido que asumir una parte desproporcionada de las tareas investigativas, ante la apatía de una Prensa diaria perdida en sus debates ideológicos.

La soledad de *Diario 16* y, luego, de *El Mundo,* en su persecución de la verdad que se ocultaba tras los asesinatos de refugiados vascos en el Sur de Francia durante el primer mandato socialista puede explicar lo lentamente que aquella "guerra sucia", sin precedentes europeos desde la OAS francesa un cuarto de siglo antes, acabó teniendo consecuencias políticas palpables en nuestro país. El Gobierno de Felipe González se mantuvo 14 años en el poder.

Un país democrático por el que el periodismo ha pasado casi como si fuese una sartén de *teflón*, sin apenas sentir su impacto, ha sido Japón. Como explicaba Ofer Feldman en su *Politics and the News Media in Japan*, la íntima relación entre los poderes japoneses, incluidas las grandes empresas, los partidos políticos y los medios informativos sirvió para desalentar toda iniciativa en el campo del reporterismo investigativo de los grandes temas empresariales y políticos. De hecho, la falta de transparencia de la sociedad nipona, el régimen de favores mutuos que presidió su *milagro*, tiene mucho que ver con la duradera crisis de este país desde principios de los 90, entre un escándalo y una quiebra bancaria. Nadie avisó de lo que venía, nadie destapó a tiempo las trampas.

Difícil despertar en el Este de Europa

La nuevas democracias surgidas en Europa central y oriental, así como en Asia central, tras el desmoronamiento del bloque soviético, de la propia URSS y de Yugoslavia a partir de 1989, apenas si han desarrollado aún un tejido institucional lo bastante sólido como para que la libertad de expresión pueda manifestarse profesionalmente. Los magnates de aire mafioso que pululan en Rusia controlan la cuasi totalidad de los medios nuevos o privatizados, convirtiéndolos en sus armas arrojadizas, y situaciones similares se producen en otros países. Pero, por

Un israelí habla por móvil junto al Muro de las Lamentaciones, en Jerusalén. Abajo, **Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir reparten ejemplares de *La Cause du Peuple*, que sería temporalmente prohibido por el Gobierno francés en 1970.**

La movilización total

Hace menos de una década, la cobertura de una noticia en una zona aislada o turbulenta, por ejemplo la operación *Restaurar la Esperanza* en Somalia en 1992, era una tarea titánica para los enviados especiales de los medios de comunicación modestos, que se topaban con muchas menos dificultades para encontrar la información que para transmitirla. Ese lujo estaba en manos de las agencias internacionales de Prensa o de las grandes cadenas de televisión, que se presentaban en los escenarios de conflicto con voluminosos, pesados y carísimos equipos de telefonía móvil, cuyo disfrute alquilaban con cuentagotas, cierta dosis de prepotencia y a precio de oro, a sus colegas pobres.

La vieja pesadilla del periodista, dar con un fax, un télex o un teléfono para transmitir una crónica o una fotografía, parece hoy, a sólo unos años, un improbable y polvoriento recuerdo de la prehistoria tras la irrupción del teléfono móvil. Este aparato que revoluciona nuestros usos sociales se ha convertido en un objeto de bolsillo para 300 millones de personas en el mundo, una cifra que se habrá triplicado en el año 2005.

En España, el número de móviles ha superado los 15 milones. Dos de ellos, vendidos en apenas unos días en la pasada campaña de Navidad, lo que coloca el porcentaje de españoles con móvil en torno al 35%, por encima de los franceses (28%) o de los alemanes (24,5%).

Revolución del móvil que está, como Internet, en pañales. Este año los fabricantes se esmeran en adaptar el teléfono móvil a la red, a fin de que sus usos desborden la mera conversación para que el aparato proporcione acceso al correo electrónico, información económica, resúmenes de noticias y datos meteorológicos. Se trata de hacer de cada móvil una terminal de Internet que sirva de tarjeta de crédito, mando a distancia, vídeo de pequeñas dimensiones e incluso un sustituto de los *walkman* para "pinchar" música en la Red.

Para hacerse una idea del ritmo de avance de esta hipercomunicación, baste el dato de que mientras se prevé que en 2003 se fabriquen 180 millones de ordenadores personales en todo el planeta, el número de móviles producido ese mismo año será de 450 millones.

La aldea global hecha realidad

Pedro J. Ramírez
Director de El Mundo

Si algo ha transformado al siglo XX y se ha tranformado con el siglo XX es el concepto y el papel de la información. Aunque la Prensa popular de finales del XIX ya había sentado las bases de lo que luego sería el proceso de formación de la opinión pública a través de los medios de masas –"Ponga usted las postales, que yo ya pondré la guerra», le dice Kane-Hearst a su enviado especial a Cuba–, la información a comienzos de siglo era todavía poco más que un concepto militar, un elemento auxiliar de los responsables de planificar y ejecutar una campaña bélica. Con el telégrafo y la radio pronto deriva también en servicio de ayuda a la navegación, de prevención de desastres y de mecanismo de socorro cuando éstos ocurren.

Si entre tanto el *caso Dreyfus* ha marcado por primera vez el camino del compromiso intelectual a través de la Prensa, tendrán que ser las dos grandes contiendas mundiales las que estimulen el desarrollo de grandes despliegues informativos, bajo condiciones de máxima presión; y la confrontación con los totalitarismos, lo que más ayude a definir el contenido de la libertad de expresión y el derecho a la información de los ciudadanos. Es ya en la segunda mitad del siglo cuando la prensa ideológica y partisana va concentrándose en los países desarrollados en menos cabeceras, más celosas de su credibilidad.

Mientras la radio tiene un ritmo de maduración relativamente lento y alterna su papel de entretenimiento burgués con una función informativa de primera magnitud que salta fronteras y elude controles policiales, la fulgurante irrupción de la televisión supone todo un cambio en el estilo de vida, proporcionando elementos de cohesión social que van desde las modas a los horarios y terminarán sirviendo para promocionar la democracia en los cinco continentes. Es en las dos últimas décadas del siglo cuando los Estados empiezan a perder el control de los espacios radioeléctricos como consecuencia de las nuevas tecnologías. Y la transmisión vía satélite lo que, de hecho, materializa el mito del profesor MacLuhan de la aldea global.

Y entonces aparece Internet. La información se transforma enseguida en la materia prima esencial de cualquier actividad y pronto adquiere su actual categoría de atmósfera virtual en la que transcurren nuestras vidas.

Todos los profesionales de la comunicación debemos sentirnos afortunados de estar siendo testigos y partícipes de esta redefinición de la civilización humana y rendir perpetuo homenaje a quienes precediéndonos entregaron su vida o su libertad por hacerla posible.

ejemplo, la aportación de un periódico como *Gazeta Wyborcza*, de radical independencia, al asentamiento democrático en Polonia es un factor del que todo el mundo ha tomado nota. Entre otras cosas, por su éxito económico, buena prueba de que la profesionalidad puede ser rentable hasta en situaciones políticas no totalmente asentadas.

El éxito económico ha tenido otro significado en Occidente. La rapidísima concentración de las viejas empresas de comunicación en enormes conglomerados para los que la información no es sino una actividad más, y una actividad accesoria e instrumental en muchos casos, está dañando claramente la calidad informativa. No existe el mismo compromiso con las noticias, ni se allegan los mismos recursos para obtenerlas, en esos macrogrupos que en las empresas dedicadas a la información. Cada día existen menos corresponsales en el extranjero, cada día se finge más editar muchos periódicos cuando apenas si se cambia la cabecera de un producto único, cada día se exige más claramente a los periódicos y emisoras de un conglomerado que se dediquen a cantar las glorias de la película, el libro, el concurso televisivo o el disco producidos por el mismo conglomerado...

El abrazo del presidente Bill Clinton a la becaria de la Casa Blanca Monica Lewinsky, en la portada de la revista estadounidense *Time*, del 10 de agosto de 1998.

Todo eso se llama *sinergia*. Otros lo llaman el final del periodismo en aras del negocio.

Hay otro problema, ligado a esa comercialización, de fin de siglo: la pseudoinformación que es en realidad espectáculo, o *infotainment*.

Las críticas al respecto se multiplicaron en los 90. En Gran Bretaña, por el constante frenesí en la invasión de la vida privada de los famosos, culminado en los escándalos de la familia real y con el trágico colofón del accidente mortal de la princesa Diana. En Estados Unidos, por el morboso asedio a Bill Clinton, que convirtió, por falta de sentido de la mesura, en crisis constitucional de primera magnitud –incluida una votación de *impeachment* o enjuiciamiento parlamentario que ni siquiera Richard Nixon hubo de afrontar– lo que para muchos no era sino un turbio asunto personal: el caso *Lewinsky*.

El dilema de fin de siglo

Eso sí, muchas de las críticas a los medios informativos se acaban diluyendo ante la comprobación de que lo que publicaban de los *royals* británicos era la verdad, y tenía interés público evidente; o de que los periodistas no hicieron más que su cometido el día en que moría la princesa de Gales. De hecho, la blandura y la autopropaganda suponen mayores amenazas al empezar el nuevo siglo que los excesos de celo informativo, aun los de más dudoso gusto.

Todo este dilema del fin de siglo quedaba muy bien expresado por la profesora Virginia Held, quien en 1997 decía en la City University de Nueva York: "Los medios de comunicación han alcanzado una autoridad y un status hasta ahora desconocidos. La *sociedad mediática* en la que vivimos posee un potencial de democracia, de discurso democrático, sin parangón. Pero el cuasimonopolio de los medios por parte de los intereses comerciales limita la discusión e impide el desarrollo de ese potencial. La realización del potencial democrático de la sociedad mediática puede exigir la creación de medios sin ánimo de lucro y/o una reglamentación gubernamental apropiada. Pese a la retórica en boga, las nuevas tecnologías como la de Internet no ofrecen un remedio verdadero. Al contrario, y como la televisión, parecen llevar a un aislamiento creciente y a una menor participación del público en la vida cívica. ¿Existe alguna esperanza de invertir esa tendencia a una comercialización de la información siempre creciente? Las actitudes críticas y una resistencia al comercialismo parecen crecer entre el público. Hay que fomentar esas actitudes".

La falacia de un Internet liberador *per se* también ha sido denunciada hace poco por el autor James Fallows: "Hace 50 años, George Orwell y otros decían que la tecnología de la información iba sin duda a oprimirnos; durante los 10 últimos, hemos oído lo contrario: que dará poderes mágicos al individuo y acabará con la opresión. A lo mejor algún día... Por ahora, siguen siendo necesarias las bombas para atraer la atención de un Milosevic o de un Sadam. La mayor derrota de la tiranía –el colapso del Imperio soviético– sucedió en tiempos del viejo Arpanet".

Protección del propio periodista, defensa de la soberanía nacional, respeto a la intimidad, apelación a responsabilidad, autorregulación... nuevos nombres para una idea vieja: la censura, que sigue amenazando a la libertad de Prensa

Ronald Koven
Periodista
Representante en Europa del Comité Mundial de Libertad de Prensa

Un grupo de neoyorquinos arremolinados ante un quiosco de Prensa, tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, en 1939.

EN LOS AÑOS 50, LA PRINCIPAL TIRA CÓmica de contenido político de Estados Unidos, *Pogo*, presentaba a una zarigüeya parecida a *Snoopy* que vivía en una ciénaga, metáfora de la vida pública norteamericana durante la época del senador Joseph McCarthy. La sentencia más famosa de *Pogo* era: "Hemos topado con el enemigo, y somos nosotros mismos".

La frase describe acertadamente lo que algunas de las más prestigiosas instituciones de lo que solía llamarse mundo libre han hecho con respecto a la libertad de Prensa desde el final de la guerra fría.

Cuando la Unión Soviética gozaba de buena salud, se colocó al frente de un movimiento, puesto en marcha por gobernantes autoritarios del Tercer Mundo, para crear el llamado Nuevo Orden Mundial de la Información y las Comunicaciones, conocido por las siglas de su nombre inglés: NWICO (New World Information and Communications Order). El NWICO exigía, entre otras cosas, que la Prensa actuara de forma *responsable* y sirviera a la política gubernamental de "desarrollo nacional" –un eufemismo que significaba abstenerse de criticar y de exponer casos de despilfarro y corrupción–, y que se establecieran medidas para *proteger* a los periodistas.

La *protección de los periodistas* fue quizá el término más orwelliano del discurso del NWICO. Los periodistas nunca han buscado protección. Sólo quieren disponer de libertad para desplazarse por lugares como Chechenia, Kosovo, Kuwait y Timor Oriental, y aceptan que los riesgos inevitables de su trabajo constituyan el precio de su vocación profesional. Pero aquellos que pretenden *proteger* a los periodistas quieren, en primer lugar, arrogarse el derecho de decidir quién puede ejercer esta profesión, y posteriormente certificar a los escogidos con una autorización que, por

supuesto, puede ser revocada por mal comportamiento en aplicación de un código de conducta puesto en vigor por los emisores de dichos permisos.

Cuando eran la Unión Soviética y sus aliados los que se atribuían estos derechos, a los Gobiernos occidentales les resultaba fácil exigir la libre circulación de la Prensa en todas partes. Era una de las causas comunes más convincentes del bando de la libertad. Sin embargo, en esa campaña por contrarrestar las justificaciones ideológicas de una Prensa restringida, no se tuvieron en cuenta los matices sobre el grado real de las restricciones a la Prensa en cada uno de los países occidentales.

Entonces se produjo una divina sorpresa. El Muro de Berlín fue derribado, y con él se vino también abajo el socialismo autoritario de Europa y de buena parte del resto del mundo. Prácticamente de la noche a la mañana hubo libertad de Prensa desde Vilnius hasta Vladivostok. Fue el aspecto más espectacular del final del comunismo. El acontecimiento tuvo repercusiones mundiales. Bajo un nuevo mando, la UNESCO pasó, de ser la plataforma de lanzamiento del NWICO, a aliada de los medios informativos independientes que luchaban por la libertad de Prensa.

Aparte de los periódicos que surgieron de la antigua lucha clandestina contra el totalitarismo y de las cabeceras de la época del comunismo que se convirtieron en publicaciones de orientación democrática, en la nueva Prensa de Europa del Este también aparecieron periódicos sensacionalistas, diarios chovinistas y xenófobos financiados por la policía secreta y pura pornografía.

El senador McCarthy, auténtico inquisidor del siglo XX, en su despacho. Abajo, **primeras páginas de diarios serios y sensacionalistas británicos, haciéndose eco por igual de la vida privada de la princesa Diana.**

Manos libres para Occidente

Pero no fue esta previsible eclosión de publicaciones que siguió a la época de represión el aspecto más destacado del desarrollo de los medios informativos en la época poscomunista. Lo más curioso fue que los muchos líderes políticos de Occidente enemistados con la Prensa, de pronto, se sintieron con las manos libres para exigir que se restringiera su libertad. Allí donde la Prensa descubría casos de corrupción gubernamental o comportamientos reprobables –en Francia, Alemania, España y otros países– los políticos, que ya no se enfrentaban al bloque soviético, comenzaron a exigir medidas para obligar a la Prensa a actuar de forma *responsable*.

Esas exigencias alcanzaron su paroxismo tras la muerte de la princesa Diana en un accidente de tráfico, del que no se culpó al conductor ebrio que estrelló el automóvil, sino a los fotógrafos que habían sido –literalmente– desafiados por el mismo chófer a que intentasen seguirle. La Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa aprobó una resolución en la que más o menos se pedía la emisión de licencias para practicar el periodismo, exigiéndose que los profesionales fuesen graduados de escuelas de periodismo reconocidas, diseñadas para inculcar responsabilidad, para evitar que volvieran a ocurrir sucesos como la muerte de la princesa Diana.

Este episodio, según parece, hizo que salieran de sus escondrijo todos los aspirantes a reguladores de medios informativos, cuyo mantra esta vez fue "la protección de la intimidad". Los actores de Hollywood presionaron al Parlamento estatal de California para que promulgara leyes severas contra la invasión de la intimidad. La Unión Europea, por su parte, propuso establecer normas de protección de datos personales, que en la práctica habrían convertido en delito el periodismo de investigación, pues obligaba a los medios informativos a solicitar el visto bueno para cualquier artículo antes de su publicación.

Sólo la creación de un frente unido compuesto por todas las organizaciones defensoras de la libertad de Prensa de Europa y del resto del mundo consiguió echar por tierra el proyecto del Consejo de Europa de redactar un código deontológico aplicable a todo el continente y de nombrar a un ombudsman internacional que estaría encargado de garantizar su cumplimiento.

La comunidad internacional impuso férreos controles a la Prensa en Bosnia, mediante una Comisión Independiente de Medios Informativos dirigida por los aliados. Este organismo no deja pasar prácticamente ni una semana sin ordenar el cierre de alguna emisora de radio, a menudo por pretextos puramente técnicos, como los de no figurar en el registro, o no abonar multas, o violar derechos de la propiedad intelectual. Los planes de la ONU, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa y la OTAN de establecer este mismo sistema en Kosovo se vieron frustrados únicamente merced a su revelación anticipada y a las protestas de la Prensa.

El advenimiento de Internet y de la emisión directa por satélite resucitó casi todas las viejas ideas del NWICO en cuanto a medidas de control de los medios informativos. Algunos países, como Singapur y China, no han tenido reparos en reconocer que querían controlar los medios informativos surgidos de las nuevas tecnologías con el fin de proteger "la soberanía sobre la información nacional", un concepto inventado por los ideólogos comunistas de Alemania del Este para justificar la interferencia de las emisiones de radio durante la guerra fría. Pero algunos regímenes autoritarios, como los de Malasia e Indonesia, también declararon que si actuaban era para preservar los *valores asiáticos* y protegerse de la influencia de los valores dictados por Europa, que consideraban demasiado individualistas, cuando no abiertamente inmorales.

La defensa de los *valores*

Para no quedarse atrás, los europeos contrarios a que los incitadores al odio gocen de libertad de Prensa, como sucede en Estados Unidos, han invocado la defensa de los *valores europeos*. Estos partidarios de que se controle la incitación al odio echan toda la culpa a la Prensa, sin detenerse a pensar que las campañas sistemáticas de odio casi siempre se llevan a cabo por los órganos propagandísticos que obedecen órdenes de gobiernos o de partidos políticos.

Esos críticos han pasado por alto lo ocurrido en

Un trabajador chino de una rotativa lee la noticia de la muerte de Deng Xiaoping, en 1997. A la izquierda, **los soldados de la ex Alemania comunista asisten impasibles al derribo espontáneo del Muro de Berlín, a finales de 1989.**

Rumania, donde la policía secreta financió *Romania Mare*, un semanario que publicaba comentarios contra húngaros, alemanes, gitanos y judíos. En un principio, la novedad del mensaje convirtió al semanario en el de mayor difusión en el país, con una venta que alcanzaba los 500.000 ejemplares. Sin embargo, poco a poco fue perdiendo atractivo y hoy en día vende la décima parte.

Uno de los mantras nuevos y más persistentes de los gobiernos es la *autorregulación* de los nuevos medios informativos –y de paso, presumiblemente, también de los medios tradicionales–. Es un planteamiento del tipo espada de Damocles, pues con ello se advierte a la Prensa de que si no se censura ella misma, lo hará el Gobierno. El Gobierno alemán, aparentemente en respuesta a la resistencia de la Prensa, ha introducido un nuevo concepto importado de Australia en la Unión Europea. Es la llamada *corregulación* del contenido de Internet por parte del Gobierno y de la industria. Apoyado por el primer ministro francés Lionel Jospin, el director de la entidad reguladora francesa de los medios informativos ha llevado adelante la propuesta alemana, que al final ampliará la autoridad de su organismo sobre el contenido de la Prensa.

La palabra *censura* es hoy en día tabú, y por ello mismo ha sido sustituida por un amplio repertorio de términos: "protección de intimidad y de datos personales", códigos *éticos* obligatorios –pasando por alto que la ética es, por definición, voluntaria–, *valores* culturales, *autorregulación* y *corregulación*, prohibición de "la incitación al odio", y otros. Esta lista no es exhaustiva.

Esto viene a demostrar que aquellos que tienen poder, incluso y especialmente en las democracias occidentales, también tienen imaginación. Además, confirma que aún no ha pasado de moda el viejo refrán de que la vigilancia eterna es el precio de la libertad. Pero eso ya es una cuestión para resolver en el siglo XXI...

Diez grandes personajes de la comunicación

Hubert Beuve-Méry

Sobre los restos de *Le Temps*, uno más de los periódicos prohibidos por colaboracionistas tras la Liberación, el general De Gaulle confió a Hubert Beuve-Méry que crease el gran periódico internacional de Francia, el diario de referencia. *Le Monde* lo fue, y más de medio siglo más tarde lo sigue siendo. Periodista católico, procedente de un ambiente del que salió gran parte del respaldo al Gobierno de Vichy, Beuve-Méry estuvo entre los que se decantaron por la Resistencia. Incesante defensor de la libertad de Prensa, se recuerda siempre su divisa: "Decir la verdad. Aunque cueste. Sobre todo, si cuesta".

Hubert Beuve-Méry, en una fotografía de archivo.

Ted Turner

Hijo de un empresario del negocio de la publicidad estática que se suicidó por lo mal que iba su empresa, no sólo salvó ese negocio, sino que a partir de 1970 fue de éxito en éxito (con algún fracaso, como su OPA fallida sobre la *CBS*) en la comunicación: la superemisora *TBS*, la primera cadena 100% noticias del mundo –la *CNN*–, la cadena *TNT*, la gran fusión con Time Warner en 1996 y, por fin, la fusión suprema con *America On Line*. La *CNN* será para siempre la gran obra de este personaje complejo, a la vez populista y grandilocuente, que ha hecho de todo: ganar la Copa América de Vela (1977), casarse con Jane Fonda (y ahora separarse), comprar dos equipos deportivos profesionales, crear los Juegos de la Amistad, donar 1.000 millones de dólares a la ONU...

Ted Turner, fundador de la *CNN*.

William S. Paley

Este hombre, cuya vida cubrió casi todo el siglo (1901-1990), fue el *padrino* de la radiotelevisión estadounidense. Hijo de un comerciante de cigarros de Chicago, el joven Paley compró por 400.000 dólares, en 1929, una cadena de 22 emisoras de radio al borde de la quiebra: la convirtió en la *CBS*, en su día la más formidable máquina de producir noticias, espectáculo y dinero de la radio y la televisión en su país. Fichó a Ed Sullivan, a Jackie Gleason, a Lucille Ball, a Edward R. Murrow, a Walter Cronkite, a Dan Rather... Hasta que un infarto se lo llevó a los 89 años, se mantuvo al tanto de todo y llevó con puño de hierro su imperio. Tras su muerte empezó un claro declive de la famosa cadena.

Henry Luce

Henry Luce, junto a Britton Hadden, inventó el *newsmagazine* o revista semanal noticiosa al crear, en 1923, *Time*. Aprovechó tres circunstancias bien distintas: la necesidad de leer noticias de forma breve y extractada, la de agregar interpretación a esas noticias, y la posibilidad de fotografía instantánea que daba la nueva cámara de 35 milímetros. *Time* fue un triunfo, como lo sería su hermana gráfica, *Life*, que apareció en 1936 siguiendo el modelo de las revistas alemanas. A partir de ahí, el grupo se enriquecería con otras revistas que marcaron, cada una, la norma de su sector: *Fortune*, *Sports Illustrated*, *People*... Su esposa, Clare Booth Luce, fue una diplomática y política importante a mediados de siglo.

Adam Michnik

Este histórico de la resistencia al régimen comunista polaco se ha convertido en protagonista del mayor éxito editorial del poscomunismo. Cofundador del KOR (Comité de Defensa de los Trabajadores) y activista de *Solidarnosc*, este periodista y ensayista pasó un total de seis años en la cárcel entre 1965 y 1980. Miembro del primer Parlamento democrático (1989-91). Fundó *Gazeta Wyborcza*, el primer diario independiente de su país, en 1989. Hoy ha alcanzado una difusión de más de 450.000 ejemplares diarios, convirtiéndose en el medio independiente más rentable de Europa central y oriental, sin perder su carácter crítico ni su alto nivel informativo.

Axel Springer

Hijo de un editor y político alemán, Springer dirigía hasta la guerra el pequeño diario de su padre en Hamburgo. Después de la II Guerra Mundial empieza de nuevo, editando primero la pequeña pero rentable revista de programación radiofónica *Hör Zu* y luego creando, en 1947, la editorial Axel Springer. La revista *Constanze*, seguida del diario *Hamburger Abendblatt*, son sus otros éxitos editoriales a finales de los 40, pero su gran éxito nace en 1952: *Bild*, imitado de los tabloides británicos. Compra *Die Welt*, y desde sus dos grandes diarios, el popular y el de calidad, inicia la tarea de creación de toda su vida: propiciar la reunificación alemana. *Der Spiegel* es otra gran creación. En 1966, traslada su sede, desafiante, al borde mismo del Muro de Berlín.

Adam Michnik durante una entrevista.

Emilio Azcárraga Milmo

El Tigre construyó en la televisión el mayor imperio informativo de México. Lo había heredado de su padre, Emilio Azcárraga Vidaurreta, *El León*, un navarro que se hizo a sí mismo en la emigración y creó una cadena de radio y TV. Pero *El Tigre* hizo crecer mucho más aún el imperio de Televisa, que a su muerte a finales de los 90 valía más de 4.000 millones de dólares. También extendió sus tentáculos por Estados Unidos. Su íntima relación con el partido eternamente en el Gobierno, el PRI, le ayudó mucho, ya que pudo evitar leyes antimonopolio que hubiesen reducido su abrumador dominio del mercado televisivo en su país: un 85% del total, con 58 emisoras locales. También editaba 40 revistas.

Emilio Azcárraga Milmo.

Roberto Marinho

El nuevo diario de Rio de Janeiro, *O Globo*, llevaba 24 días de publicación cuando falleció su fundador, Irineu Marinho. Un joven de 21 años, Roberto Marinho, había de hacerse cargo de esa herencia. Estábamos en 1925. Marinho hizo un aprendizaje acelerado, y sólo en 1931 asumía él la dirección del periódico, que convirtió en líder del mercado. Tras la II Guerra Mundial llegó la expansión a través de la radio, en pleno *boom* de Brasil. La influencia política de Marinho se hizo decisiva. La televisión fue la que convirtió el grupo *Globo* en potencia mundial, con una facturación en 1998 de 1.500 millones de dólares. Es notable que a los 95 años, y con su hijo Roberto Irineu a la cabeza de la gestión, Roberto Marinho siga trabajando cada día en su despacho de *O Globo*.

Lord Northcliffe

En la prensa británica, Lord Northcliffe (Alfred Harmwsorth) fue a principios del siglo XX lo que Murdoch sería a finales: un innovador y un triunfador. Al iniciarse esta centuria, acaba de comprar con las ganancias de sus revistas semanales *The Evening News* y, en 1896, de fundar *The Daily Mail*, primer diario popular británico inspirado en la Prensa norteamericana de la época. En 1900, el *Mail* tenía una difusión de más de un millón de ejemplares diarios. Inventó, el 1 de enero de 1901, el formato tabloide, utilizándolo en el *New York World* de Joseph Pulitzer, que el editor neoyorquino le había invitado a dirigir por un día para festejar el nuevo siglo. En 1903 lanzó el *Daily Mirror*, primer diario dominado por la fotografía, y en 1908 compró el *Times*. Falleció en 1922.

Rupert Murdoch

Sencillamente, el hombre de comunicación más importante, influyente y, sin duda, polémico del siglo XX. A partir de su base australiana –una red de periódicos regionales– dio el salto a Gran Bretaña, haciéndose con nada menos que el Times y el Sun. Trasladando el primero a las afueras de Londres y rompiendo con los sindicatos, incluida una larga y dura huelga, acabó con el modelo de Prensa de Fleet Street. Conservador a ultranza, se implica personalmente en la línea de opinión de sus medios, pero eso no impidió que *pasteurizase* informativamente su cadena de TV por satélite *Star*, para congraciarse con las autoridades comunistas chinas. Se endeudó para crear la cadena *BSkyB*, pero la convirtió en una máquina de hacer dinero con la exclusiva del fútbol inglés. En Estados Unidos transformó la *Fox* en gran cadena nacional de TV.

Rupert Murdoch.

De izq. a dcha., E. Azcárraga (hijo), R. Murdoch, Roberto Irineu Marinho y Fred Vierra.

Víctor de la Serna

Sin novedades en el frente

Desde que la *tribu* de los corresponsales de guerra se independizó de la tutela de los ejércitos a mediados del siglo XIX, empezó a sufrir el acoso y el rechazo de los poderes fácticos

Manuel Leguineche
Periodista

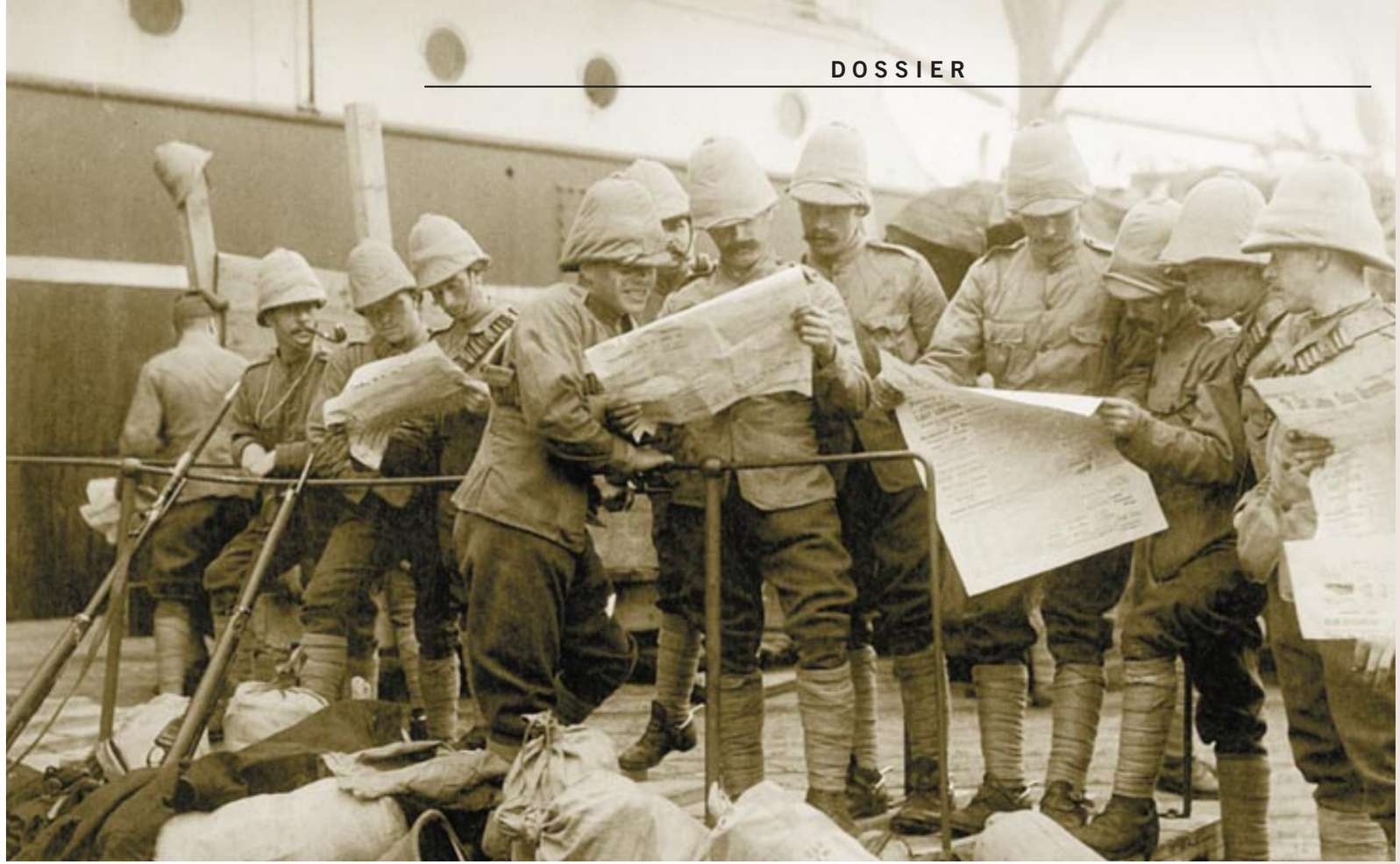
EL SIGLO DE LA INFORMACIÓN

Cartel de Lord Kitchener llamando a la movilización, que se popularizó durante la década de los 60.

QUITAOS DE MI CAMINO, MISERABLES borrachos", era la frase con la que el general Kitchener obsequiaba a los corresponsales de guerra. Les odiaba desde la Guerra del Sudán, desde la Guerra de los Bóers en Sudáfrica. Como ministro de Estado, se opuso a que los periodistas británicos cruzaran el Canal para informar desde el teatro de operaciones europeo durante la Primera Guerra Mundial. Con su mirada adusta, sus ojos encendidos, nos amenazaba con el dedo índice desde los pasquines de Carnaby Street, allá por los años sesenta. Si nos respondíamos a su llamamiento de movilización se enfadaría mucho con nosotros. Kitchener era un general a la vieja usanza imperialista, duro, inmisericorde, mandón. En la ironía del burbujeante Londres, la imagen del vencedor en Sudáfrica o Sudán era el mejor cartel para el alistamiento de los pacifistas *hippies*.

El odio de Kitchener hacia los periodistas no era algo nuevo bajo el sol. Desde que el corresponsal se independizó de las oficinas de relaciones públicas de los ejércitos para, como se dice en al argot, *cubrir* las guerras, los militares la tomaron con él. Eran, según su criterio, no sólo borrachos sino indisciplinados, bohemios, mentirosos porque se negaban a aceptar –muchos de ellos– la versión oficial de los hechos. En 1917, el senador norteamericano Hiram Johnson pronunció una frase que todavía se usa hoy, porque han cambiado poco las cosas en ese terreno: "Cuando llega una guerra, la primera víctima es la verdad."

Hasta que llegó William Howard Russell a la Guerra de Crimea como enviado del *Times* de Londres, el corresponsal era un oficial, un coronel, un soldado. Los diarios contaban lo que deseaban los jefes. Russell –que está enterrado en la londinense catedral de San Pablo, bajo una placa que reza "El primero y más grande de los corresponsales de guerra"– rompió con ese esquema de sumisión a las autoridades militares. Se puso a informar por su cuenta, a moverse en mula por el frente hasta donde le dejaban, a informar con veracidad *in situ.*



Un grupo de soldados británicos lee los periódicos al embarcarse con destino al frente, en la Guerra de los Bóers, 1900.

Su brillante crónica de la carga de la Brigada Ligera en *The Times* del 14 de noviembre de 1854 llevó la consternación a la opinión pública británica. La verdad era una píldora amarga y Russell, el primer testigo incómodo. Se llamó a si mismo "el mísero padre de una tribu desdichada".

Russell era un irlandés de hierro, osado, presumido, atraído por las cosas militares y en el fondo fascinado por el olor a pólvora y las guerras. Tenía el instinto de la noticia, tenacidad, astucia y, como diría un veterano corresponsal norteamericano cuando le preguntaron por las condiciones para el oficio, "buenas piernas".

Russell no fue el primero, pero tal vez sí el mejor de la *desdichada tribu* a lo largo del siglo XIX. Informó sobre la guerra entre Dinamarca y Schleswig-Holstein, la Guerra de Crimea, el motín de la India, la Guerra de Secesión norteamericana, la Guerra Austroprusiana, la Comuna de París y la Guerra Zulú de 1879. Como escribe Philip Knightley en *The first casualty,* ayudó a derribar al Gobierno británico, fue responsable indirecto del empleo del primer fotógrafo de guerra y ayudó a impedir que Gran Bretaña interviniese en la guerra de Secesión. Fue candidato al Parlamento y se casó con una condesa. Era un hombre del sistema, aunque con sus informaciones sobre Crimea cambió el rumbo de la campaña.

Antes patriota que cronista

Pero dejemos a Russell en su bien merecido sueño de San Pablo para contar la evolución del periodismo de guerra a partir de la primera conflagración mundial. Es aún tiempo de los periódicos de la Galaxia Gutemberg. La Segunda Guerra Mundial traerá la hegemonía de la radio; Vietnam, de la televisión y el Golfo o Kosovo, de la realidad virtual. Martha Gellhorn, tercera esposa de Hemingway y uno de los mejores corresponsales de todos los tiempos, afirmó que Vietnam había sido la última guerra de los enviados especiales. Ella misma fue expulsada de Vietnam a mediados de los sesenta por sus investigaciones sobre abusos y casos de corrupción. Otro testigo incómodo.

El general Kitchener ordenó que detuvieran a todo corresponsal que apareciese por el frente francés en el curso de la Gran Guerra. Los periodistas británicos ponen en práctica los trucos propios del oficio para eludir a los sabuesos de Kitchener. Viajan disfrazados, utilizan el tren, la bicicleta, se ha-

Marta Gellhorn y su esposo Ernest Hemingway, fotografiados por Capa en 1941. Ambos cubrieron la Guerra Civil española. Abajo, **el magnate Randolph Hearst (izq.) y el escritor George Orwell, que fue voluntario en el bando republicano durante la guerra de España.**

cen los despistados... La guerra vende periódicos. Ya lo sabían Hearst (*Ciudadano Kane)* o Pulitzer en tiempos de la Guerra Hispano-norteamericana.

Ellos fabricaron el conflicto para subir la tirada. Los lectores quieren confundir el olor a tinta con el de la sangre, con la pólvora. Necesitan descripciones dramáticas. Un material así no se logra desde los hoteles de París o sobre la base de los partes oficiales que el ejército aliado entrega en forma de observaciones de un *testigo ocular.* Hay que arriesgar, acercarse a las trincheras. Esa aproximación la entienden los generales como una traición a la patria. Para ellos, el periodista debe ser antes un patriota que un cronista civil por libre. Cualquier cosa que diga o escriba servirá como información para el enemigo. Ya dijo Napoleón que prefería el control de los periódicos a una división en combate.

Los directores de los diarios exigen noticias, crónicas calientes, exclusivas. Y allá va por los ensangrentados campos de la Europa en guerra la *desdichada tribu* falsificando salvoconductos, burlando la vigilancia de los hombres de Kitchener, atisbando los frentes, corriendo para que sus despachos crucen el Canal hasta las redacciones de Londres. Algunos de ellos van a parar a la cárcel, donde se quejan de las ratas y del apestoso rancho. Las dificultades eran enormes. Con frecuencia, los directores-patriotas tachaban las crónicas de los periodistas-aventureros, con lo que su esfuerzo resultaba baldío.

Otros, poseídos por el mal de la autocensura, olvidaron contar los desastres. Entre el 14 y el 25 de agosto de 1914, los alemanes liquidaron a unos trescientos mil soldados franceses, casi el 25 por ciento de los combatientes. Una tasa de destrucción, apunta Knightley, que no llegó a igualarse durante el resto de la contienda en ningún frente. Pues bien, el enviado del *Times* ignoró la noticia, de modo que ésta sólo se conoció una vez terminada la guerra. "Ese silencio era prudente (escribió Campbell) porque de haber publicado la noticia de la catástrofe la voluntad del pueblo inglés se habría debilitado gravemente". Todo por la patria; nada por la verdad. Lo contaron todo al terminar la guerra en sus libros de memorias bélicas. A pesar de esta sumisión, Churchill llegó a pedir que incautaran *The Times* para convertirlo en boletín oficial del Gobierno inglés, con objeto de "guiar a la opinión pública".

El periodo más ignominioso

Así las cosas, la prensa norteamericana prefiere informar desde el lado alemán. Los corresponsales son bien tratados, con más inteligencia. No tienen libertad de movimientos, van acompañados por censores volantes que les pisan los talones, que escudriñan sus pasos, que leen sus despachos y utilizan tinta invisible para comprobar si contienen algo más de lo que aparece en la superficie. "Son todos unos bolcheviques", dijo un general británico de los corresponsales. "¿Por qué no informan de la guerra desde Londres?". Algunos lo hacen encerrados en el cuarto de su hotel con una botella de licor y un mazo de naipes. "En el frente occidental..." empieza su crónica. Pobre tribu. Entre lo que ocultaban y los que les tachaban los censores, su *cobertura* de la guerra fue penosa.

Un historiador escribió que, debido a los propagandistas del estado Mayor y a los empeñados en ignorar las derrotas, "no hubo periodo más ignominioso en la historia del periodismo que los cuatro años de la Gran Guerra". En 1917, en la batalla del Somme, cayeron divisiones enteras. Los aliados perdieron 600.000 hombres en una sola batalla. Los diarios se olvidaron de la noticia por temor a un colapso de la moral de combate, a una crisis en el alistamiento de reclutas o a un levantamiento general que se vislumbraba en el horizonte. No sólo es que sufrió la verdad, sino que los periódicos se transformaron en aparatos de propaganda, de lavado de cerebro para contar atrocidades que sólo existían en su imaginación. El poeta Robert Graves escribió que, para que continuase la guerra, se hizo necesario conseguir que los ingleses odiasen a los alemanes "como jamás habían odiado a nadie hasta entonces".

¿Compromiso *versus* objetividad?

La Guerra Civil española es, junto con la de Vietnam, la que enfrentó al mundo en mayor medida desde lo que entonces podía entenderse por izquierda y derecha. Corresponsales llegados de todos los puntos cardinales acudieron a España para informar de un conflicto que levantó pasiones y desató emociones que se trasladaron a los periódicos. George Orwell, que combatió en Cataluña, donde resultó herido y escribió después un libro titulado *Homenaje a Cataluña,* señaló que lo que decían los periódicos "no guardaba la menor relación con los hechos". En las trincheras españolas se inició un debate "a cara de perro" sobre objetividad y compromiso. Los corresponsales acreditados en el bando de la República fueron por lo general abanderados de la causa, lo mismo que los destacados en el bando franquista. Eran más los inclinados a tomar partido que los defensores de la vía descriptiva, distanciada, que contaba sólo los hechos sin editorializarlos. "¡A la mierda con la objetividad –gritó Martha Gellhorn– aquí lo que está en juego es la derrota del fascismo!"

Este debate no ha terminado aún, porque las dos escuelas de pensamiento compiten ásperamente. Hemingway fue un mal corresponsal de guerra:

El 1 de enero de 1959, los guerrilleros de Fidel Castro entraron en La Habana. Un grupo de habaneros lee un diario que festeja la noticia.

cuando la República se derrumbaba en todos los frentes, anunciaba en sus periódicos canadienses su inminente victoria. El corazón le pudo sobre la cabeza. En la retaguardia de las redacciones, se libraba también una victoria sin fin. Las presiones conservadoras hicieron que *The New York Times* retirara de España a Herbert Matthews, que simpatizaba con la causa republicana y no lo ocultaba. Los sentimientos personales podían sobre la objetividad. Matthews reflexionó mucho sobre la ética y la deontología del corresponsal de guerra: "Todos los que vivimos la guerra española nos sentimos implicados apasionadamente en ella", escribió. "Me di cuenta de la falsedad y de la hipocresía de los que se proclamaban neutrales y de la estupidez, si no pura majadería, de directores y lectores que pedían a los corresponsales que escribiesen objetiva a imparcialmente." Es el mismo viejo error que lectores y directores seguirán cometiendo y que siempre acosará al cronista que, siendo humano, ha de tener opiniones propias.

"Al condenar el compromiso –añade Matthews, que entrevistó en Sierra Maestra a Fidel Castro para escándalo de la Prensa franquista, que nunca le perdonó su toma de partido– se rechazan los únicos factores que realmente importan: honradez, comprensión e integridad. El lector tiene derecho a que se le den todos los datos: no lo tiene a exigir que el periodista y el historiador estén de acuerdo con él". Pero los hechos son sagrados. Este predominio de los sentimientos propios sobre la voluntad objetiva conducirá a errores tan graves como los cometidos en defensa de (por ejemplo) los Jemeres Rojos en Camboya, que en su búsqueda del *hombre nuevo* exterminaron a un millón de sus compatriotas. El

El Premio Nobel de Literatura John Steinbeck fue corresponsal en Vietnam.

periodista francés Jean Lacouture, cogido en falta, entonó un *mea culpa* y renegó de la memoria selectiva y el enfoque maniqueo.

"Nuestros buenos son los buenos y los malos –el infierno, que diría Sartre– son los otros". Herbert Matthews, que vió en la Guerra Civil "una lucha contra las fuerzas del mal", admitió años más tarde que se equivocó al juzgar el conflicto en términos puramente ideológicos. También Hemingway realizó un acto de contrición al reconocer que hubo miserias en las dos partes.

Fantasías y realidades

La Segunda Guerra Mundial (1939-45) barrió estos y otros tiquismiquis. Los aliados, los alemanes nazis, los japoneses temerosos de una verdad que les fuera contraria, se afanaron en dirigir, controlar e *intoxicar* -como se dice en la jerga de la tribu– a la Prensa y a los enviados especiales. El periodista debía sufrir constantes censuras de su material, de una oficina a otra, hasta que la crónica quedaba adelgazada, desnaturalizada por el lápiz del censor.

La censura se lo pensaba dos días hasta que el despacho del corresponsal sobrepasado por los acontecimientos dejaba de tener sentido. Todo fuera por derrotar al Imperio nazi del Mal. El Nobel de Literatura Steinbeck me contaba en el Hotel Continental de Saigón, en 1965, que tanto él como sus colegas se vieron obligados a recurrir a toda clase de trucos para saltarse el rigor de la censura. Steinbeck se servía de párrafos de la *Guerra de las Galias,* de Julio César, para evocar situaciones parecidas a las que había vivido en el frente y sobre las que no podía escribir. Todo lo que quedaba era extender en diarios y revistas rumores, medias verdades favorables, editoriales de propaganda aliada... Al otro lado, Goebbels hacía lo mismo con una técnica aprendida de los británicos durante la Gran Guerra: "Repite una mentira y tarde o temprano se convertirá en verdad."

Ahora que se transmite por módem o vía satéli-

Derecha, **Winston Churchill, pronunciando un discurso en marzo de 1946, un año después del fin de la Segunda Guerra Mundial.** Abajo, **un general survietnamita ejecuta a un prisionero del Vietcong, el 1 de febrero de 1968. La foto, de Eddie Adams, ganó el Premio Pulitzer y tuvo amplia repercusión internacional.**

te estos problemas logísticos y de comunicación suenan anacrónicos. Para un enviado especial de la era del teléfono, el telégrafo o incluso el télex, ésa era la madre del cordero. "El mejor papel es el que llega", decía una y otra vez el director de un diario de París. En la Segunda Guerra, mientras un representante del *Times* de Nueva York tardaba ocho horas en comunicarse con su redacción central, su colega de Berlín transmitía las crónicas en cuarenta minutos vía Copenhague.

En cuanto a la Alemania nazi, Goebbels militarizó a todos sus periodistas de un plumazo. La verdad estaba en Berlín y no en el frente. Al mismo o parecido esquema respondía Washington en el plano técnico: "Yo no diría nada a la gente – anunció un portavoz de las FF AA norteamericanas– hasta que terminara la guerra, y entonces les diría sólo quién había ganado". Perfecto. La noticia del derribo del avión en el que viajaba el almirante japonés Yamamoto no se conoció hasta después de la guerra, porque no se podía indicar a los nipones que Washington había descifrado sus códigos.

El furor de los censores no tenía límites. Lo analizaban y escrutaban todo, desde cartas privadas a telegramas. Pensaban, paranoicos ellos, que el menor desliz podía inclinar el balance de la guerra hacia el Eje. El código de conducta para los enviados especiales se basaba en esta pregunta elemental: "¿Es bueno para el Ejército (o la Marina) que se haga pública esta información?".

Los periodistas japoneses, con mayor razón, se constituyeron en el brazo informativo del esfuerzo bélico del Emperador. De uno y otro lado, los generales –ahí está el caso de MacArthur– se rodeaban de agentes de Prensa eficaces para erigir su imagen de gran guerrero sin tacha. El famoso bofetón del general Patton a un soldado en un hospital de campaña, al creer erróneamente que era un cobarde, se hizo público mucho después, con el mismo argumento que John Kennedy utilizó en los sesenta para evitar que *The New York Times* diera la primicia de los preparativos para la invasión de la Bahía de Cochinos, en Cuba.

Hoy como ayer

Todos han tenido la costumbre de disimular las derrotas como repliegue táctico; todos han hinchado las bajas ajenas y minimizado las propias; todos sus soldados eran héroes y ninguno borracho, cobarde o saqueador. Me contó un misionero español en Calcuta que tuvo la precaución de apuntar las cifras emitidas en los partes bélicos por la radio durante *nuestra guerra incivil* que, al anunciar Franco en Burgos la derrota del *Ejército rojo,* el sacó su cuaderno de notas y sumó los aviones derribados y los cañones destruidos durante los tres años y descubrió

Un proyecto para dos vidas

Indro Montanelli
Escritor y periodista

No me corresponde a mí decir si mi carrera ha sido prestigiosa. Larga, ciertamente. Mis lecturas infantiles coinciden con los cañonazos de la Primera Guerra Mundial. Mis primeros éxitos periodísticos están relacionados con acontecimientos históricos cuya existencia ni siquiera conoce un chaval de hoy. Cuando llegó la televisión no me di cuenta de inmediato de que el oficio iba a cambiar. Pero cambió y no me siento muy satisfecho del cambio. Ahora que todos hablan de Internet y prometen nuevas sacudidas, yo he llegado a una edad en la que puedo permitirme un lujo: desinteresarme de la cuestión y amenazar con represalias al que intente explicármela. Pero dado que muchos jóvenes lectores me honran con su atención, me permito decirles lo que sigue.

La abundancia de informaciones es como la bomba atómica: no se puede desinventar. Cuando mandaba mis reportajes de España, hace dos tercios de siglo, enviaba noticias. Hoy, un enviado especial proporciona las piezas de un rompecabezas, que el lector-oyente-telespectador tendrá que poner juntas –si quiere, aunque, a menudo no quiere–. ¿Es esto un bien o un mal? No lo sé. Lo que sí sé es que la información funciona así. Y me doy cuenta de que el oficio se ha hecho más difícil, tanto para los informadores como para los informados. En la gran manzana mediática todo se confunde. La obsesión por la *audiencia* ha conducido a sensacionalizar los acontecimientos, a privilegiar las noticias de usar y tirar. ¿Debemos resignarnos, nosotros los periodistas y ustedes los lectores?

Creo que no. Pienso, más bien, que está llegando una época interesante, donde la calidad tendrá su papel –o, por utilizar un término que hoy está de moda– un *mercado*. Para elegir entre miles de noticias –o entre los cien ángulos de una noticia– habrá profesionales capacitados. No sé cómo les llamarán. *Seleccionadores*, quizás. Gente capaz de encontrar la espiga de grano entre la hierba y, sobre todo, de explicar por qué el grano es mejor que la hierba –y perdonen la metáfora agrícola: es una forma de nostalgia–. Y capaces también de explicarla de una forma clara, breve y atractiva. Porque nuestro oficio sigue siendo el de informar interesando. No podemos hacerles la competencia a los académicos, que cuentan con el privilegio del tiempo, de la profundización y, a menudo, del aburrimiento.

He aquí, pues, un bonito proyecto para el futuro. Comprender, resumir, elegir, informar y explicar. Con brío, pero con honestidad. Un proyecto para dos vidas. Les dejo a ustedes este honor y esta carga. Yo ya hice mi parte.

Intervención televisada de Sadam Hussein tras la invasión de Kuwait, en agosto de 1990. En la Guerra del Golfo se dieron cita más de 3.500 periodistas.

que superaban con mucho la artillería y la aviación de todas las fuerzas armadas de Europa.

Un curtido corresponsal británico, James Cameron, se refirió al conflicto en Corea como los "corresponsales de guerra fabricados en serie, una escuela preparatoria de Vietnam". O de la invasión de Granada, o de Panamá, podría haber añadido, o de la Guerra del Golfo o de la de Kosovo. En este último fregado, se dieron cita 3.500 periodistas. Los árboles apenas si les dejaban ver el bosque. Una vez más, en Corea lo esencial no era decir la verdad sino contribuir al esfuerzo de guerra de la ONU contra los comunistas norcoreanos o chinos. En Vietnam, nos dieron casi plena libertad de movimientos. La censura, con más de 700 periodistas acreditados en Saigón, era poco menos que imposible, de modo que cada uno de nosotros se movió a sus anchas y gratis.

Tras la matanza de My Lay y la ofensiva guerrillera de los comunistas en el Tet, con la retransmisión de la sangre que salpicaba a las pantallas de televisión a la hora del almuerzo y de la cena, la opinión pública norteamericana cambió de signo. El presentador Conkrite se preguntó, angustiado: "Pero, ¿qué es lo que está pasando aquí?". Pasaba que se perdía la guerra emprendida en defensa –como creyeron los franceses en la de Indochina– de la civilización occidental. "No tuvimos infancias felices, pero tuvimos Vietnam" , exclamó un joven compañero nuestro para el que aquello, más que una guerra cruel, fue Disneylandia.

La libertad de que gozamos en Vietnam no volvería a repetirse. Los ejércitos, sean los que sean, quieren en las Malvinas, en la isla de Granada, en Panamá, en Bosnia o en el Kosovo de la OTAN, periodistas sumisos, dóciles, que sean, y no otra cosa, *la voz de su amo*. En Vietnam, tuvimos periodistas críticos como Halberstam o Herr, guionista de *Apocalypse Now,* pero siempre me quedó la duda de si estaban más en contra de las tácticas utilizadas por los EE.UU. que del propósito final: ganar la guerra. O sea, que estarían más contra los métodos que contra la guerra en sí.

Los militares norteamericanos echaron toda la culpa a la televisión y a los periodistas. Al pasar los años, MacNamara reconoció el error, pero ya era tarde. Nunca es tarde: acaba de publicarse un libro sobre Vietnam titulado *La guerra necesaria.* El vicepresidente Humphrey había afirmado: "Estamos juntos en esto". Hoy, la guerra de Chechenia transcurre como lo hicieron las de principios de siglo: prohibiendo a los periodistas aproximarse a los frentes y dar testimonio objetivo de lo que en ellos sucede.

Para saber más

BARRERA, C., *Periodismo y franquismo. De la censura a la apertura*, Barcelona, Ediciones Internacionales Universitarias, 1995.

DESVOIS, J.M., *La Prensa en España, 1900-1931*, Madrid, Siglo XXI, 1977.

DRIENCOURT, J., *La propaganda, nueva fuerza política,* Buenos Aires, Huemul, 1964.

GÓMEZ MOMPART, J. L., MARÍN OTTO, E. (editores), *Historia del Periodismo Universal*, Madrid, Síntesis, 1999.

MARTÍN DE LA GUARDIA, R. M., *"Propaganda y control social en la Alemania nacionalsocialista"*, en *Historia Social*, nº 34, 1999.

PIZARROSO QUINTERO, A., (coord.), *Historia de la Prensa*, Madrid, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, 1994.

PIZARROSO QUINTERO, A., *Historia de la Propaganda*, Madrid, Eudema, 1993 (2ª ed.).

RÉVÉSZ, L., *Ley y arbitrariedad en la prensa soviética*, Pamplona, Eunsa, 1977.

SINOVA, J., *La censura de prensa durante el franquismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.